

# La Ilustración Artística

AÑO XXII

BARCELONA 9 DE NOVIEMBRE DE 1903

NÚM. 1.141

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN DEMANDA DE HOSPITALIDAD, cuadro de Román Ribera

## HOMENAJE AL POETA

## D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo cuarto de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.



**Texto.** — *La vida contemporánea. De nuevo*, por Emilia Pardo Bazán. — *El primer beso*, por Félix Limendoux. — *Pinturas de Mr. J. Young Hunter y de Mrs. María Young Hunter.* — *La consulta*, por E. Alberto Carrasco. — *El Ara Pacis Augustae.* — *La carrera de las modistillas en París.* — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Por el amor*, novela ilustrada (conclusión). — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

**Grabados.** — *En demanda de hospitalidad*, cuadro de Román Ribera. — Dibujo de Medina Vera que ilustra el artículo *El primer beso.* — *Dulces caricias*, cuadro de María Young Hunter. — *Camino penoso*, cuadro de J. Young Hunter. — *Reproducción de una acuarela de Salvador Sánchez Barbu-do.* — *El Ara Pacis Augustae*, descubierta recientemente en Roma. — *París. La carrera de las modistillas. Salida de las carreristas.* — *Las ganadoras de los cuatro primeros premios.* — *Los reyes de Italia en París.* — *Viaje de S. M. el rey don Alfonso XIII á Zaragoza.* — *Monumento á Alejandro Dumas (hijo)*, obra de R. de Saint-Marceaux. — *Medalla conmemorativa de la Exposición Balear celebrada en Palma de Mallorca.* — *Carga de caballería*, cuadro de Domingo Muñoz.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

## DE NUEVO

El 28 de septiembre me saltó traidora enfermedad que cortó bruscamente mi comunicación con los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Un mes hace que no tomo la pluma en la mano para conferenciar con el público; casi he perdido la costumbre, y experimento la sensación de extrañeza con que, al volver de largo viaje, recobramos los hábitos y las ocupaciones antiguas. De todo viaje se puede no regresar, y siempre sorprende haber regresado, ver eslabonada otra vez la cadena de las horas y los días.

\* \*

Mientras duró la agitación en favor del indulto de Cecilia Aznar, no hubiera sido prudente escribir lo que sigue, pues pesase lo que pesase, siempre existía la contingencia de que el más leve peso inclinase la balanza hacia el patíbulo. Ahora que el indulto está otorgado, puedo decir que no me explico, á distancia y desde afuera, por qué despertó tal interés una criminal de las verdaderamente repulsivas. Si se originase el interés del convencimiento de que el derecho penal para la mujer tiene que ser diferente que para el varón, puesto que distintos son también el derecho civil y el político..., ¡ah! entonces debiéramos aplaudir una idea tan justa y humana. Pero si esta idea — que la mujer, limitada en su derecho, ha de estarlo proporcionalmente en su responsabilidad — no es la que inspiró la campaña de indulto, si algo personal la dió vuelos, me pregunto con asombro, ¿qué pudo ser? ¿Qué existe en Cecilia Aznar que atraiga simpatías? ¿Dónde se habrá visto un crimen más prosaico y repugnante? Todo delincuente, convengo en ello, es muy digno de piedad; no repruebo, antes me parecería una señal de adelantamiento y cristianización de las costumbres, el interés que, en general, inspirasen los delincuentes, y que se encaminase á sanearlos, como se sana y desinfecta más cuidadosamente los lugares donde existen gérmenes de infección; esto sí, lo declaro bueno y santo; mas en nada se parece á la aberración sentimental, quizás provocada por los estímulos de una publicidad malsana, que concentra la compasión en los asesinos de rumbo y estrépito, que rodea de aureola la frente que debiera inclinarse al peso del arrepentimiento, que populariza y forma leyenda á los héroes del presidio. Signos de la decadencia triste de los tiempos, tales anojos de la opinión y de la multitud; si la concien-

cia pública estuviese robusta y limpia, correría parejas la previsión y cuidado para atajar la delincuencia con la instrucción y la moralización de las clases populares, y la sencilla y muda represión de crímenes que horripilan, no ya á nuestra ética, sino á nuestra estética; porque aún los creo más feos que malos. — Pensad que nuestras cárceles son por lo común hediondas mazmorras; pensad que allí se confunden en promiscuidad fatal los criminales empedernidos con los delincuentes ocasionales, relativamente hombres de bien; pensad en lo que descubren de lacras sociales procesos como el del *Canti-nero...*, y decidme si no sería más urgente atender al remedio de un estado tan desastroso, que importar de París lo peor de su ambiente: la manía de las criminales *dernier cri*, con pedestal de papel impreso.

\* \*

La guerra entre Rusia y el Japón se hace inminente: la causa es honda, decisiva, porque es económica; se trata de importantísimos mercados que los rusos se aseguran con la posesión de la Manchuria, y en esto sí que no cabe transigir ni vacilar: es cuestión de vida ó muerte. Y sin ser profeta ni alardear de entendido, puede ya vaticinarse que el descalabro será para el país de las teteras bonitas, de las caretas horrorosas, de los sables de empuñadura cincelada y de los *kakemonos* de colorines alegres y delicadamente casados por un instinto artístico.

El Japón se ha envalentonado con su victoria sobre el Celeste Imperio; se ha envalentonado, sobre todo, con la esperanza de una confederación y una hegemonía de la raza amarilla, que, si llegase á realizar este ideal, sin género de duda renovaría, con mayores probabilidades de éxito, las empresas de Gengiskan, sojuzgando á Europa. Los amarillos son innumerables: una inundación humana, un torrente que desatado cubriría con sus ondas el mundo. Son además pueblos y razas preparados para invadir, por su homogeneidad. Las invasiones quieren eso: unidad, no sólo de raza, sino de almas y cuerpos: de otro modo, sucede á los invasores lo que á los bárbaros del Norte, que se amalgamaron á los pueblos invadidos y llegaron á no poderse escindir nunca. No así los amarillos, seguramente: el alma amarilla es una esfinge; son para nosotros impenetrables. Y acaso el enigma de esa esfinge se descifra con una palabra: odio. Odio al europeo, odio al hombre blanco que por tantas centurias les ha sido superior y cuya civilización tratan de asimilarse por medio del paciente y terco instinto de imitación perfecta que distingue al asiático.

\* \*

Hay que confesar que, en este respecto, los japoneses han hecho prodigios. Su imitación no se limita á lo externo, material y mecánico: es el espíritu, es lo íntimo de la civilización europea lo que ha recogido y lo que está poniendo en juego para adelantarse. Comparemos: aquí repetimos desde hace años que sólo puede salvarnos la instrucción; pero el último censo nos dice que las dos terceras partes de los españoles son analfabetos: no poseen ni el instrumento de la instrucción (que no debe confundirse con la instrucción misma, pero que le es indispensable). El Japón, en corto tiempo, ha dado á su instrucción pública un vuelo que parecería inverosímil, si no supiésemos que la gran Musmé, la emperatriz en persona, va todos los días á visitar la Universidad de mujeres que ha instalado cerca de su palacio. Desde los más altos hasta los más bajos, en el Nipón se abrió camino la idea de que la instrucción es la verdadera fuerza nacional; de que ella dirige los buques de guerra, impulsa á los ejércitos, extiende el comercio, normaliza la justicia, ataja la criminalidad, dignifica á los Estados. El Japón, por medio del profesorado, con catedráticos, está asegurando la victoria sobre China, victoria que no hicieron sino iniciar los triunfos navales recientes.

Así es que todas mis simpatías, en la lucha que se prepara, están por el probable vencido, el japonés. Rusia llevará la mejor parte mecánicamente, á fuerza de fuerza: tiene dos veces más buques, tiene un ejército superior, tiene *el peso*, lo bruto y material, lo que aplasta por la gravedad, y en las guerras actuales no es el valor, no es ni la astucia, lo que inclina la balanza. En esta, especialmente, hablarán los cañones de los acorazados, y el número decidirá, como decide siempre.

Si Bismarck no pronunció aquella famosa frase sobre la fuerza y el derecho, ó si no la pronunció

en el sentido que se le atribuye, no por eso deja de ser la frase un Evangelio, de hierro si se quiere, pero Evangelio al fin. La fuerza: estamos dentro de ella, bajo su incontrastable dominio. A principios del siglo XIX aún luchaba el espíritu con la materia. En el XX ni se imagina tal insensatez. Los adelantos de la ciencia han hecho de la guerra, y especialmente de los combates navales, algo concreto, algebraico, y por eso creemos de antemano que la escuadra rusa destruirá á la escuadra japonesa.

\* \*

Notemos, entre tanto, la indiferencia de Europa ante los horrores de Macedonia y demás países cristianos sometidos al yugo turco. Esa Inglaterra y esos Estados Unidos que tanto se indignaban con las supuestas crueldades españolas en Cuba, ¿qué hacen ahora, que no ponen el grito en las notas diplomáticas y no acuden con todo su vigor á remediar tamaños horrores?

Porque las iniquidades turcas, divulgadas por la prensa y las agencias telegráficas al través del mundo entero, son de aquellas que recuerdan épocas de la historia que hoy nos parecen terrorífica leyenda: los tiempos en que los normandos les cantaban á los sajones la misa de las lanzas. Mujeres y jovencitas atropelladas en presencia de sus maridos y padres; niños descuartizados, con el vientre abierto; hombres degollados sobre el regazo de sus esposas; cabezas ensangrentadas en pirámide; manos descepadadas rodando por el suelo; casas ardiendo con sus moradores dentro... No sé si todo esto equivaldrá á lo de Cuba, y sin duda no equivale, cuando los humanitarios que por pura humanidad se nos echaron encima lo ven tan impávidos. En el siglo XII se hubiese alzado ya la Cruzada.

Desde el siglo XII acá ha tenido tiempo de nacer, criarse y marcar con su sello á naciones enteras aquel tipo admirablemente estudiado por el genio de Molière, Tartufo. Error creer que Tartufo representa al beato católico. Tartufo ha apostatado y es protestante; y más Tartufo.

\* \*

En una causa que está juzgándose estos días en mi pueblo recojo un curioso documento de superstición y barbarie.

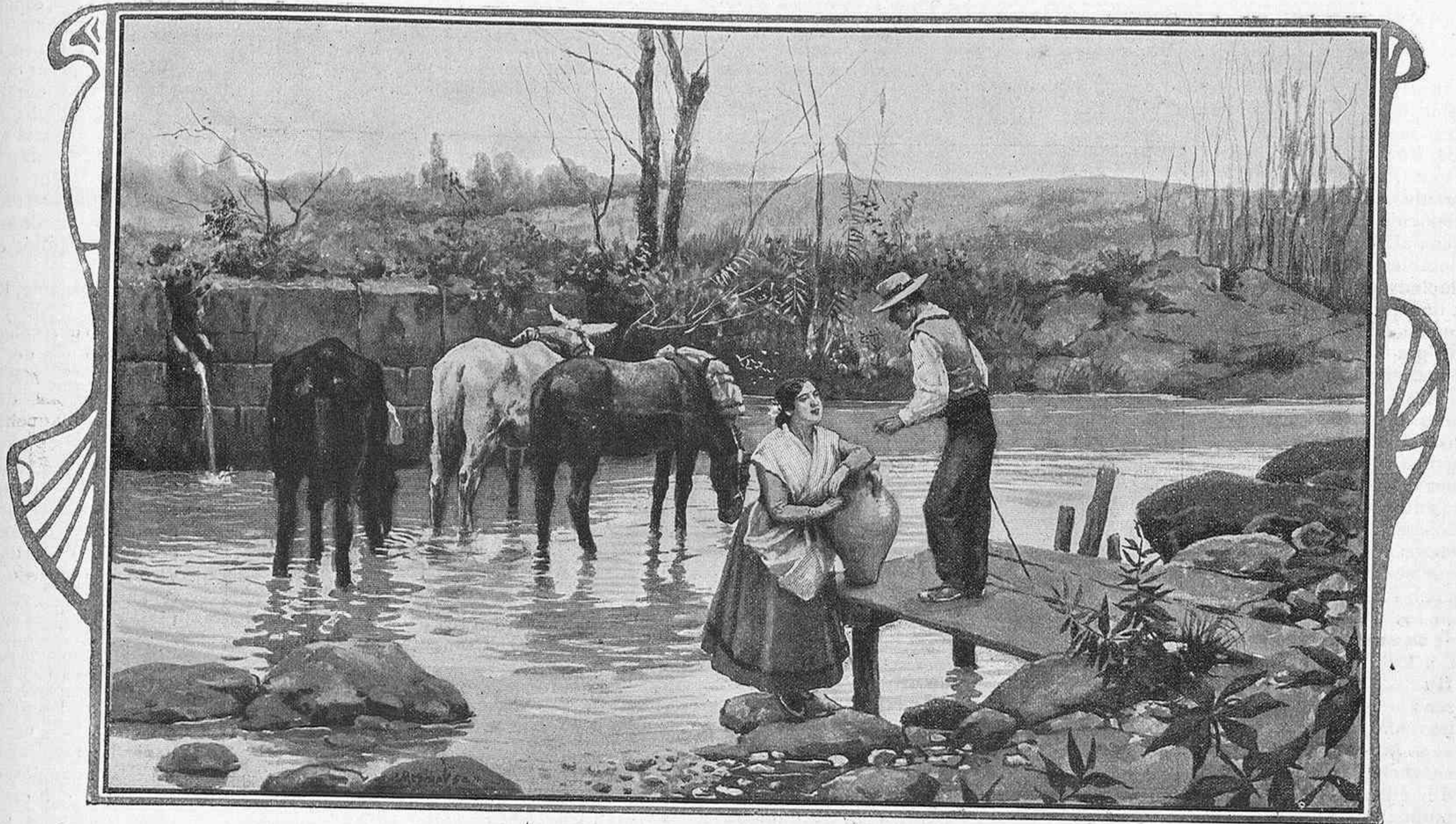
Se trata del asesinato de una señora de aldea, cometido por un mozo á quien empleaba como jornalero. Este mozo había servido en la guerra de Cuba, en las guerrillas, y matado á muchos mambises: como que era el encargado de rematar á los prisioneros, y lo hacía — de ello se jactaba — de un solo golpe. Acabada la lucha, el guerrillero vuelve á su aldea — sin una chispa más de luz en el cerebro y con la bruma sangrienta de la matanza envolviéndolo para siempre en halo rojizo. — Cuando la señora (señora relativamente: una labradora algo acomodada) que le daba jornal le niega un prado en arriendo, el mozo siente el impulso de dañarla y empuja robándola; el mezquino robo de unas cuantas libras de carne de cerdo, que substrahe de un cobertizo. No pudiendo saber quién se las ha quitado, la señora deposita un cuartillo de aceite en la lámpara del Santísimo Sacramento, con la intención de que, según se consuma el aceite, irá consumiéndose la vida del desconocido ladrón: resultado que en la aldea se tiene por infalible.

El mozo se entera del nefando exvoto, y al punto mismo cree sentir que la jaqueca taladra su cráneo y que su vida en efecto se consume con cada gota del embrujado aceite. ¿Cómo evitar que se cumpla el misterioso conjuro? — Matando primero. — Y á las oraciones, se introduce en casa de la señora, aprovecha el momento en que la ve inclinarse para cortar verduras, y con un hacha la hiere, sin lograr el golpe de destreza de los mambises, pues no la acaba del primer tajo: tiene que ensañarse en su víctima.

Y esto, ¿en qué siglo acaece? — En el nuestro, en el año de gracia que corre. — Ya funciona la telegrafía sin hilos; Santos Dumont surca el aire; en las clínicas alemanas se preparan los sueros que vacunan de las infecciones; en Noruega se implanta la escuela modelo..., y en una aldea de Galicia se desarrolla este drama primitivo, de sombra y terror, de miedo y fanatismo, de instinto salvaje y conciencia caótica.

Es la otra faz de la luna, la que nunca baña la claridad. Por nuestra desdicha, esa faz es la que solemos ver.

EMILIA PARDO BAZÁN.



EL PRIMER BESO

POR FÉLIX LIMENDOUX. - DIBUJO DE MEDINA VERA

... Él bajaba todas las tardes al remanso del río, donde era costumbre dar de beber al ganado.

Cuando terminaba la labor penosa de ir arando aquellos terruños que eran el pan de su casa para todo el año, dejaba el apero en la casucha donde vivía con sus padres y emprendía maquinalmente el camino, siguiendo la marcha cansina de las mulas que enfilaban la vereda hacia el río en busca del agua que refrescase sus fauces secas durante un día de labor uniforme y dura.

Antoñuelo, con la vara cruzada atrás, aquella vara que renovaba cada ocho días y de la que nunca pudo prescindir, y mirando siempre hacia aquel cielo que ante él se extendía y cuya nota azul había herido su retina desde la niñez, distraía la marcha entonando invariablemente la misma copla, seguida de la misma tonadilla y con el mismo acompañamiento.

Era una rutina suya; porque maldito si Antoñuelo paraba mientes en lo que cantaba, preocupado como iba con algo que le cosquilleaba muy adentro y que á veces causábale repeluznos tan grandes como si una ráfaga de aire helado le pasara el cuerpo de parte á parte.

¿Se encontraría, como casi siempre, con la sobrina del guarda?

A la misma hora que él, bajaba Juana todos los días, con el cántaro apoyado en la ampulosa cadera, la falda levantada y recogida atrás, el refajo corto que se ahuecaba pomposamente terminando en el sitio preciso en que se iniciaba el nacimiento de la pierna, y la cabeza al aire completamente, peinadas con sencillez las bandas de pelo negro y reluciente como la endrina que se aplastaban sobre las sienas...

La sobrina del guarda cantaba también su copla cuando emprendía la marcha; parecía aquello como un aviso mutuo que ambos se daban al llegar la hora de verse.

Cada uno venía de un sitio opuesto; á veces se divisaban en el punto más alto de ambos caminos, y mirándose desde lejos iban bajando la respectiva cuesta, sin dejar de cantar, hasta encontrarse en la hondonada donde el río formaba aquel remanso.

\*\*\*

Y así llevaban años y años: desde que siendo muy niños habían empezado ambos á cumplir la faena que les encomendaran con esa monotonía fatal de la vida del campo.

Y el caso es que los que empezaron jugando de niños, olvidando él, á veces, el cuidado de las mulas, que emprendían solas la vuelta hartas de beber, y rompiendo ella muchas veces el cántaro en sus juegos infantiles, habían ido evolucionando poco á poco en sus relaciones, y hoy apenas si cambiaban entre sí media docena de palabras, las mismas siempre.

Pero si las lenguas callaban, los ojos comenzaban á ser elocuentes dominando ese lenguaje cuyas palabras son rayos de luz y cuyos giros ardientes tienen la misma traducción en todas partes.

Juanilla y Toñuelo sentían algo que ellos quizá no hubiesen podido explicar en el caso de verse forzados á explicarlo: cuando de cerca se contemplaban, quedábanse á veces serios y silenciosos; y, sin embargo, cualquiera que á distancia los viese, los creería enfrascados en larga é interesante conversación.

Tan enfrascados, que muchas tardes no veían al señor cura, que en su paseo cotidiano desfilaba lentamente por la espesa alameda que iba bordeando uno de los márgenes del río.

Y aquella conversación muda prolongábase en ocasiones hasta que la luz del crepúsculo iba dando un tono gris al paisaje y una nota de melancolía á la escena.

Cuando llegaba este momento, algo así como un suspiro, contenido por ambos largo rato, ponía término á la conversación.

- Vaya, hasta mañana, Toñuelo.

- Hasta mañana Juanilla.

Y aquellas palabras de ritual eran la determinante de la marcha; y entonces ella levantaba el cántaro para colocarlo en la cadera, y él arreaba las mulas, que habían contemplado filosóficamente la muda escena de todas las tardes.

\*\*\*

Aquel día Toñuelo y Juana *hablaron* más que de costumbre; se habían mirado de tal manera, poniendo tanto fuego en el brillo de las pupilas y habían sido los suspiros tan hondos y tan repetidos, que casi no tenían ya que decirse nada..., á pesar de lo cual, el silencio era profundo alrededor de ellos y únicamente interrumpíalo la caída constante del monótono chorro de agua que escapábase por el hueco de la tapia de una huerta vecina.

Fué aquel un momento de alucinación de ambos: sin darse cuenta exacta de lo que hacían, salvaron

la breve distancia que los separaba y sintiéronse atraídos por una fuerza impulsiva superior á la de su voluntad ó tal vez dependiente de la voluntad misma.

Ello fué que en el silencio solemne de la tarde, en la placidez del sitio, bajo las ondas de luz suave que envolvían el cuadro, oyóse el chasquido sonoro y rotundo de un beso, de un beso ideal y puro, beso laborado durante años y años, que estallaba al fin por mandato imperativo del amor como expansión física de dos almas que al influjo de fuerzas iguales acababan por fin de chocar...

En aquel instante preciso, cuando aún no habían separado sus labios los dos muchachos, abrióse con rumor sordo el espeso cañaveral que ocultaba el camino de la alameda vecina, y apareció la figura escualida y severa del cura, que destacaba lo negro de su sotana sobre el verde claro de las esbeltas cañas.

- ¡Pecadores!, exclamó con la voz solemne de un anatema.

- ¡Ha sido el primero, padre!, exclamaron los dos precipitadamente, temblorosos aún por la sorpresa de la aparición.

- ¿El primero?, interrogó el cura.

- Sí, padre, contestó ella. No lo volveremos á hacer más.

- ¡Calla, infeliz! ¡No jures tal vez en vano!

\*\*\*

Toñuelo volvió solo, pagando su bochorno con las pobres mulas, á las cuales hacía subir trotando la empinada vereda...

Juanilla emprendió la marcha, acompañada por el señor cura.

A mitad del camino rompió ella el silencio, pronunciando las palabras siguientes:

- El domingo iré á confesarme, señor cura.

- Harás bien y yo te absolveré del pecado por no ser de los más graves.

- ¿De veras?

- Sí. Pero ¿vosotros os casaréis?

- Eso queremos, señor cura; cuanto antes.

- Entonces, replicó el cura con sonrisa beatífica que implicaba una indulgencia grande, no te molestes en ir el domingo. Te confesaré cuando te cases y así podré absolverte de una vez.

- Pero, padre...

- Sí, hija; vale más que te confieses del primero... y ¡del último!

## PINTURAS DE MR. J. YOUNG HUNTER

Y DE MRS. MARÍA YOUNG HUNTER

Entre los pintores ingleses que actualmente se están labrando una reputación sólida, merecen lugar muy preeminente Mr. Young Hunter y su esposa. Aunque ninguno de los dos es muy conocido del público en general, la serie de obras notables por ellos producidas les da derecho á una atención que sólo se concede á los artistas de gran mérito y larga experiencia.

Sus progresos no han sido brillantes; no ha habido en ellos esas alternativas de producciones magistrales y de vacilantes esfuerzos que observamos en los primeros años de un artista que podrá ó no alcanzar celebridad permanente en los últimos tiempos de su carrera. Al contrario, los esposos Young Hunter han ido avanzando firmemente año tras año, amplificando sus procedimientos y ensanchando el círculo de sus convicciones, pudiendo afirmarse que desde su primera presentación al público no ha habido un solo momento en que haya flaqueado su seriedad artística.

Su escuela es la de los nuevos prerrafaelistas, esa escuela que tantos adeptos cuenta entre los pintores jóvenes y que representa una reacción contra los excesos del naturalismo que tantos estragos causaron en los últimos años de la pasada centuria; pero su romanticismo está exento de exageraciones y de ese morbinismo de ideas y de procedimientos no menos dañoso que el exagerado realismo. Su arte es sano y sincero, porque han cultivado de una manera razonable las tendencias que justifican cumplidamente el desarrollo del prerrafaelismo, y sus obras son ejemplos elocuentes del valor y de la importancia de este movimiento, llamado seguramente á marcar una fecha definitiva en la historia de la pintura.

Hijo de un renombrado académico pintor de paisajes y marinas, Mr. Colin Hunter, estudió Mr. Young Hunter en la Real Academia de Londres; pero ni las enseñanzas que recibió en ésta ni lo que había visto en el estudio de su padre fueron bastantes á apartarle de la línea que se trazó y que había de darle tan felices resultados. En 1897 y 1898 expuso en la Real Academia *El hogar del aldeaño* y un retrato de señora que llamaron mucho la atención; pero el lienzo que puso de manifiesto hasta qué punto le había ganado el romanticismo fué *El jardín de mi dama*, una de las mejores pinturas del certamen de aquel año, y que constituía una exposición admirable de su credo estético. Desde entonces ha producido otras varias obras, todas notables.

Mrs. María Young Hunter estudió también en la Real Academia, obteniendo cuatro medallas como recompensa de sus progresos, y expuso por vez primera en 1900, habiendo merecido grandes elogios de la crítica, elogios que aumentaron en las sucesivas exposiciones.

En otoño de 1899 se efectuó el matrimonio de estos dos artistas, que marcharon inmediatamente á Italia, residiendo ocho meses en Florencia y visitando además Perugia, Asís, Siena, Verona, Venecia y otras ciudades. A su regreso á Londres estuvieron en Munich, Nuremberg, Rothenburg, Bruselas y Amberes.

Este viaje de estudio ejerció provechosa influencia en el curso ulterior de su carrera artística; pues si bien la afirmó en sus inclinaciones, abrió á su talento nuevos puntos de vista. — R.

## LA CONSULTA

En alta mañana, cuando hacía su tocado del amanecer, Rosario Medina decidió aquel día visitar al doctor Durán. Ello podría no dar resultado, que

fama de gran médico, y ciertamente lo era, especialmente en la secreta, en la íntima psicología de la mujer, á la que había consagrado y aún consagraba sus constantes estudios. De ahí que, á pesar de que aquella lumbrera era un tipo raro, medio misántropo, que vivía solo, apartado de las gentes y que no admitía clientela sino á título de consulta y por una sola vez, todo el mundo le admirase como á un semidiós de la ciencia.

En su gabinete, Rosario pareció meditar nuevamente su resolución, y por sí ó por no, algo atormentada por el cruel acicate de sus dudas, vistiéndose con aquella elegante sencillez que tan bien sentaba á su figura de augusta grandeza, sacó de su cabás una diminuta tarjeta que dobló por uno de sus extremos, y con el recuerdo lleno de amarguras y rebosante de esperanzas su pensamiento, encaminóse á casa de Gustavo Durán.

Cuando llegó á casa del doctor, Rosario Medina sentíase un tanto cansada: respiraba con difícil y acompasada regularidad, con esa abrumadora fatiga de los pulmones enfermos; el

color claro azulado de su rostro había blanqueado más al tono rosa pálido; sus ojos siempre cargados de hermosa luz y siempre parpadeantes, inquietos, con aquella movilidad húmeda y brillante que iluminaba sus mejillas, aparecían ahora soñolientos, cansados, en esa quietud borrosa de las horas febriles; sus labios finos y de suavidad roja abríanse ligera y trabajosamente para dejar salir los vahos calenturientos que subían de su pecho.

Rosario entró en el despacho del médico. Gustavo Durán la examinó instantáneamente, con esa doble mirada de los médicos sagaces y los hombres de mundo. Inmediatamente comprendió que se las había, á la vez que con un espíritu superior, con un temperamento nervioso de enfermiza sensibilidad.

— Vengo, dijo al doctor sentándose en el sillón que aquél la ofrecía, á que me cure ó á que me mate usted. Es la mía una enfermedad casi mortal, en la cual, á la vez que la ciencia, entra por mucho la constitución fisiológica, el temperamento moral y más que nada la voluntad del enfermo... Yo quiero curarme, doctor, porque mis sufrimientos son horribles y eternas mis noches de angustia. Pero no tengo voluntad: la he perdido ó me la han robado, y aquí me tiene usted viviendo ó muriendo en una espantosa soledad, sin amor, sin afectos, sin fe, y lo que es aún más triste, sin fuerzas ya para defenderme de este mal que me ahoga... ¿Cree usted, doctor, que así se puede vivir?..

— Ciertamente que no, amable enferma, replicó Gustavo inclinándose, y por eso le ruego que para ver de poner remedio me haga extensa historia de sus padecimientos.

Rosario Medina incorporóse de nuevo en su asiento, humedeció sus labios con esencias de azahar de que llevaba impregnado el pañuelo, y sin más preámbulos entró de lleno en la exposición de sus dolores pasados y presentes: á grandes rasgos refirió su primera enfermedad del corazón y su amistad, en aquella época de convaleciente, con Félix Romero, el gran tirano de su vida, el torturador cruelísimo de las ternuras de su alma de mujer enamorada; después recordó las grandes luchas secretas habidas entre ellos: aquellos sondeos de corazón á corazón que tantas veces practicaron por conocerse mutuamente; luego habló de su última tragedia, del capítulo más sangriento que constituía la pasionaria novela de su juventud, del triunfo de Félix Romero, cuando caer en sus brazos loca de amor, en la ciega convul-

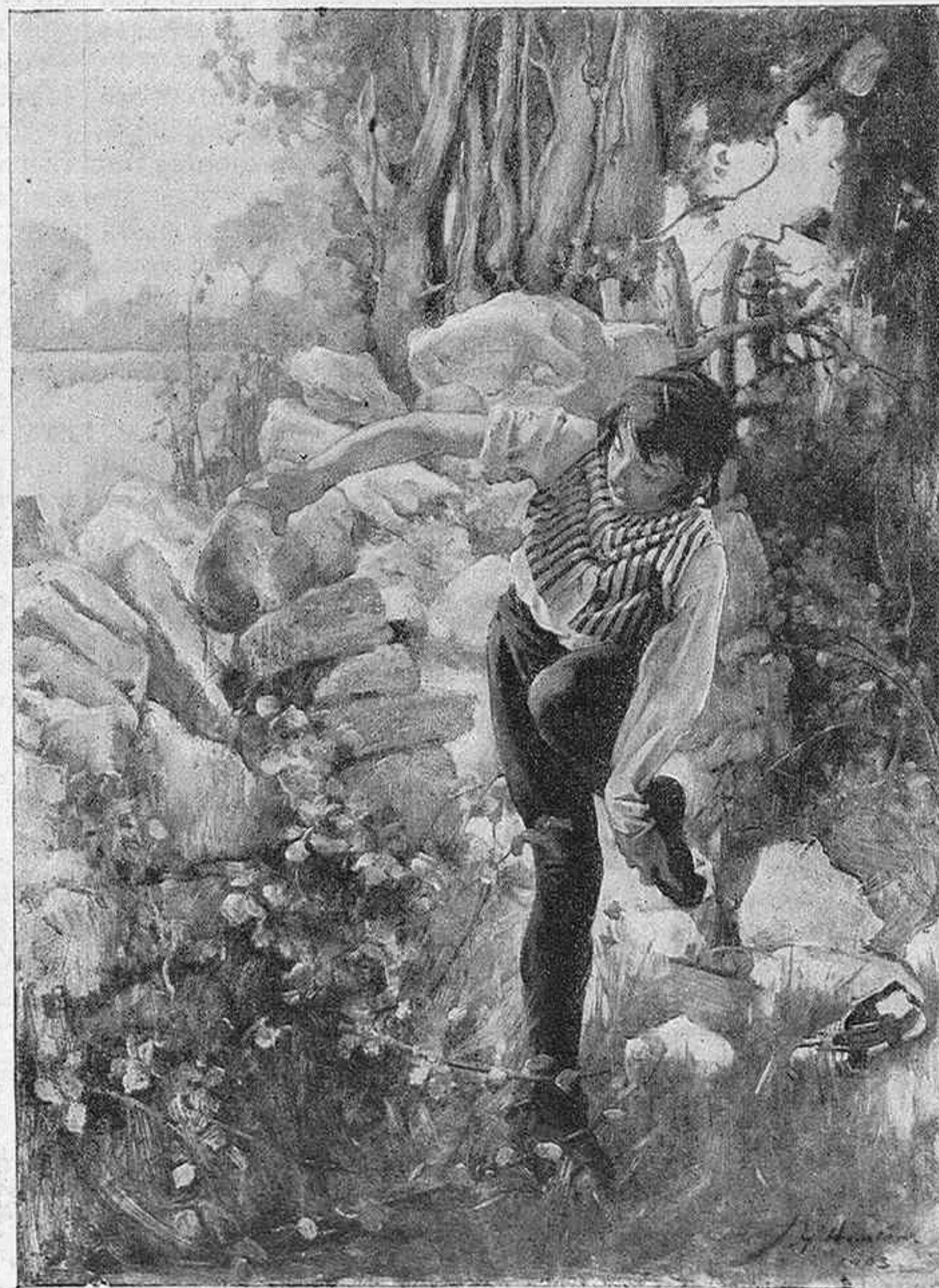


Dulces caricias, cuadro de María Young Hunter

el doctor no acertara á concebir la divina receta que su rara enfermedad reclamaba; pero bien pudiera también dar con la clave de su mal, y científicamente conducir su naturaleza á un nuevo período de reacción psíquica y espiritual.

Para este último caso concurrían grandes probabilidades.

Era el doctor Durán un joven de treinta años, flacucho, de constitución enfermiza y cara mefistofélica, de frente grande, talentosa y ojos gastados



Camino penoso, cuadro de J. Young Hunter

por el estudio, que amparaban áureos quevedos, á través de los cuales brillaba su mirada escrutadora, profunda, de psicólogo analítico. Por sus maravillosos triunfos teóricos y clínicos tenía Gustavo Durán

habló de su última tragedia, del capítulo más sangriento que constituía la pasionaria novela de su juventud, del triunfo de Félix Romero, cuando caer en sus brazos loca de amor, en la ciega convul-



REPRODUCCIÓN DE UNA ACUARELA de Salvador Sánchez Barbudo,  
propiedad de S. M. el Rey de Portugal

sión del deseo, él la rechazó dulcemente asegurándole que todo aquello no había sido más que un *acto* de la comedia que escribía... Por último recordó la ausencia del tirano amador, y tras aquella ausencia tan larga, tan inacabable, tan triste, sus horas crueles, sus días de lágrimas, sus cartas, sus primeras fiebres, sus vértigos de dolorosa desesperación, sus viajes, sus amigos nuevos y, en fin, sus vanos propósitos de olvidarle, de odiarle, de maldecirle, de enterrar su imagen en el recuerdo del pasado...



El Ara Pacis Augustae, descubierta recientemente en Roma por los Sres. Petersen, Pasqui y Cannizzaro, lado izquierdo (de fotografía)

— En el transcurso de dos años, siguió diciendo trabajosamente, he probado de todo y todo me sobra: las medicinas me horrorizan, las comidas me dan asco, el campo me entristece, la casa me da miedo, los viajes me fastidian, la sociedad me irrita y el mundo todo se me cae encima; todo, todo me sobra; sólo en mis exaltados ensueños, en mis eternas noches de delirios visionarios, flota un punto de luz que me atrae, una figura grande, gigante, luminosa, que me ofrece sus brazos y me llama, me llama..., pero á la que no puedo llegar, porque con alucinadora rapidez, y cuando creo aprisionarle uno de sus brazos, se me escapa riendo, burlándose, á otro extremo del paraíso de flores donde luchamos, y esa figura es mi vida, mi fe, mi alma, mi mundo, mi *todo*, porque es la visión de Félix Romero.

— ¿Y dónde vive Félix Romero?, preguntó de pronto el doctor cortándole la palabra.

— En París, casado con otra mujer, contestó Rosario con la mueca trágica de la tristeza en sus labios.

Gustavo Durán la había escuchado atentamente, fija su mirada en aquel rostro medio contorsionado por la misma verbosidad febril que la excitaba; el bostezo de su inteligencia había recorrido en diez minutos el corazón, el cerebro, la maza procreadora del pensamiento, las sutilísimas cuerdas de su sensualidad tísica, todo el organismo debilitado de aquella pobre histérica martirizada sin piedad por el azote de sus crueles nervios, y en todas partes encontró el germen devorador de la fiebre pasional, ó lo que es lo mismo, la gangrena moral del espíritu rendido, muerto por el virus morboso de la aberración del pensamiento.

Rosario Medina estaba perdida; demasiado conocía él la enfermedad, aquella enfermedad que tanto había estudiado...

Terminado su largo relato, la enferma tosió secamente y pareció pronunciarse más el color rosa pálido de su hermoso rostro.

— ¿Qué me manda usted, doctor?, preguntó fijando en él los ojos con insistencia.

Gustavo Durán, levantándose emocionado y alargando las manos á la enferma en actitud de despedida, contestó:

— Nada.

— ¿Es decir, que mi mal no tiene remedio?, replicó levantándose con cierta altivez, cual si desafiara á la ciencia.

— No lo tiene, replicó Durán más conmovido.

Y Rosario Medina repitió en el mismo tono:

— ¿Pero será posible que la ciencia no tenga receta alguna para calmar, ya que no para curar, mis dolores?

— No la tiene, insistió Gustavo Durán intentando desasirse de su interlocutora.

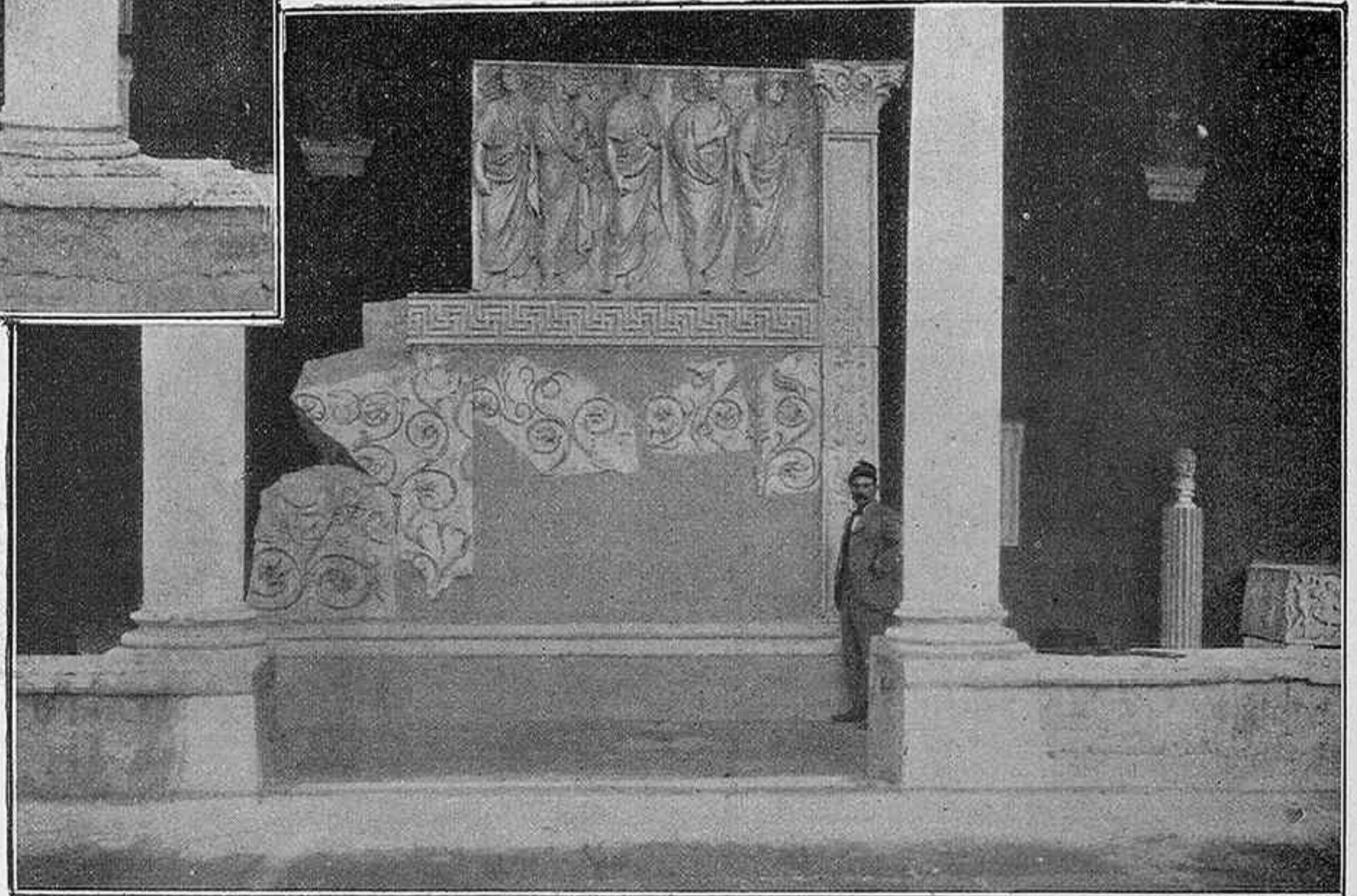
— ¿Por qué?, interrumpió de nuevo Rosario reteniendo en las suyas las manos del doctor.

— ¿Por qué?, repitió Durán separándose bruscamente de Rosario; porque por desgracia mía hace dos años que sufro la misma enfermedad y aún no he podido curarme...

E. ALBERTO CARRASCO.

## EL ARA PACIS AUGUSTÆ

Ninguno como César Octavio Augusto, entre los emperadores romanos, mereció más justificadamente los honores y monumentos que le dedicaron sin excepción, ya en vida, ya después de su muerte, ocurrida el 19 de agosto del año 14 de J. C., el senado, el orden ecuestre y el pueblo romanos. Quien mientras llevó á término la completa pacificación del imperio y agregó al mismo innumerables provincias, tuvo tiempo y recursos para construir en su capital quince templos y varios edificios civiles, restaurando además el Capitolio y ochenta y dos monumentos sagrados, el teatro Pompeyo, los acueductos, la vía Flaminia, etc., sin que olvidase dar á su pueblo leyes y constituciones sapientísimas, era muy justo que gozase de perpetua memoria y que figurase en el número de los *Divi Julii*, es decir, de los dioses que anteriormente habían sido hombres. Augusto, menos altivo que César, no permitió que en vida se le tributaran honores divinos, ni menos que se colocase su estatua entre la de los dioses en los templos del imperio; pero sí que consintió que se le dedicaran en Roma y fuera de ella, y en la misma Grecia, aras y templos y que se incluyera su nombre en los himnos sagrados entre los de los dioses. Por esto el senado, que por haber puesto fin á las guerras civiles durante sus consulados sexto y séptimo le dió el título de Augusto, y en su décimoter-



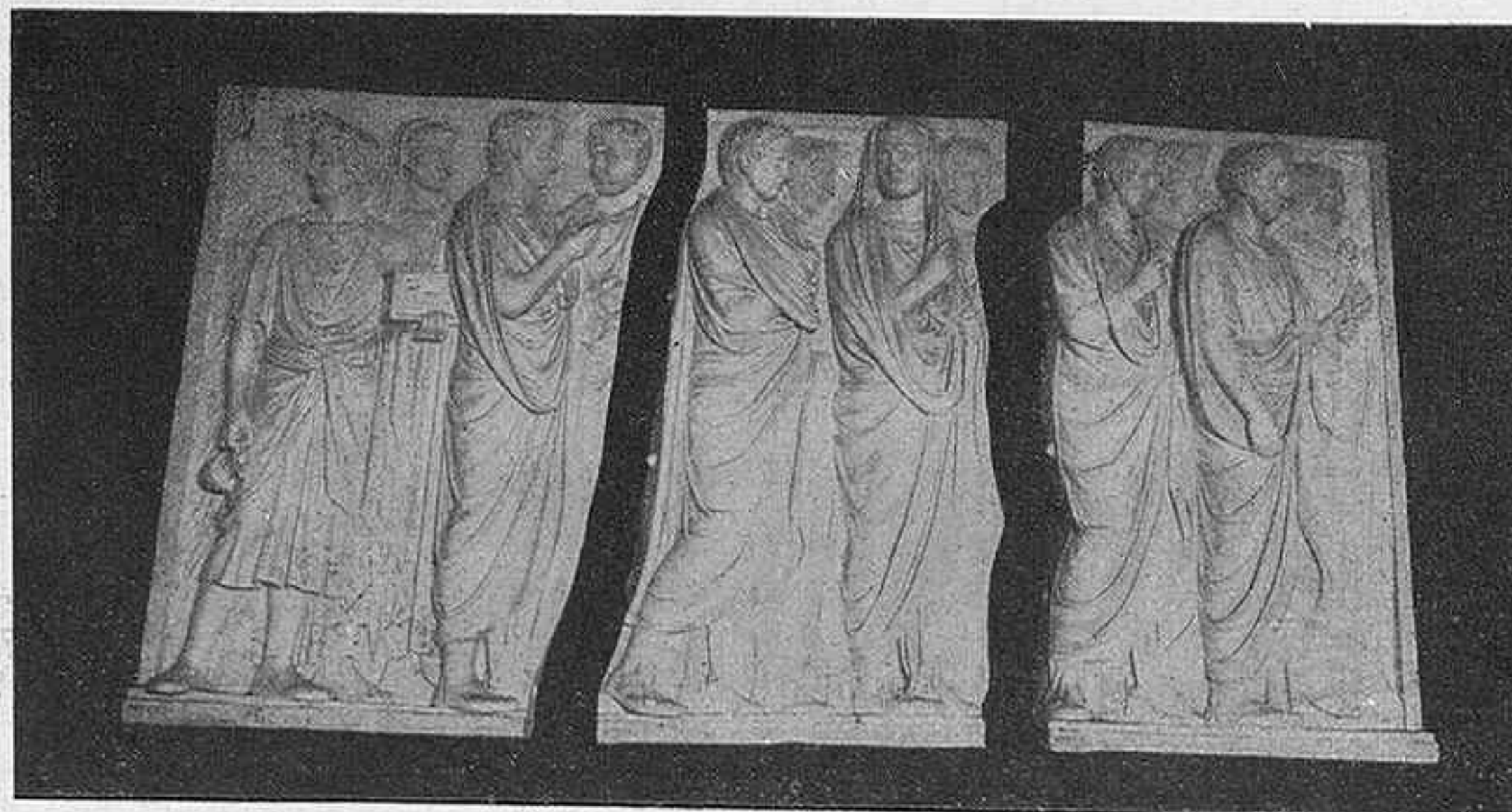
El Ara Pacis Augustae, descubierta recientemente en Roma por los Sres. Petersen, Pasqui y Cannizzaro, lado derecho (de fotografía)

cio consulado el de Padre de la Patria, erigiéndole una cuadriga en el Foro Augusto, le dedicó, para conmemorar la pacificación de la Galia y de España, el Ara Pacis Augustae, consagrada el 30 de enero del año 9 antes de J. C.

Aquella ara suntuosa, sobre la cual cada año sacerdotes y vestales debían ofrecer grandes sacrificios votivos, tenía la forma de un basamento piramidal rodeado de una gradería de mármol, y encima se levantaba el ara propiamente dicha. Cerrábala un recinto marmóreo de forma rectangular con dos puertas, la una en la parte anterior, la otra en el opuesto lado. En el pensamiento arquitectónico y figurativo de aquel recinto los artistas de aquel tiempo reprodujeron verosíblemente la escena de la primera consagración. Así el interior del ara recuerda en sus elementos constructivos el tablado sobre los cuales se elevan los fustes de madera rematados por los bucranos de los cuales pendían festones de frutos. La parte exterior representa la procesión de los amigos de Augusto, de los sacerdotes, de los senadores y de las familias ilustres, deteniéndose en los lugares sagrados, ofreciendo sacrificios y dirigiéndose á la Ara Pacis Augustae coronados de laurel y llevando ramas de olivo.

Los primeros descubrimientos de este grandioso monumento, elevado en el Campo de Marte, próximo á la antigua vía Flaminia (hoy calle de Umberto I), entre la espalda de Montecitorio y la plaza de San Lorenzo en Lucina, remóntanse á los primeros años del siglo XVI. Los bárbaros y los Barberini, según un antiguo adagio italiano, demolaron, destruyeron, para reconstruir, y fragmentos bellísimos del Ara Pacis fueron llevados á Florencia, á la Villa Médicis, al Pincio y á los Museos Vaticano, del Louvre é Imperial de Viena. La comunidad de estos fragmentos fué precisada no hace mucho tiempo, y el profesor Sr. Petersen, primer secretario del Instituto arqueológico germánico, con motivo del reciente

Congreso histórico internacional, con los fragmentos existentes en el Museo nacional romano reconstituyó partes notables del grandioso monumento. En la actualidad llévanse descubiertas todas las partes correspondientes á la planta, un fragmento del alto relieve superior con una representación de las Lupercales, toda la fachada inferior y más de veinte grandes fragmentos decorativos, de los que darán idea á nuestros lectores los adjuntos fotografiados. — L.



El Ara Pacis Augustae, descubierta recientemente en Roma por los Sres. Petersen, Pasqui y Cannizzaro, fragmentos de los bajos relieves (de fotografía)

te Congreso histórico internacional, con los fragmentos existentes en el Museo nacional romano reconstituyó partes notables del grandioso monumento. En la actualidad llévanse descubiertas todas las partes correspondientes á la planta, un fragmento del alto relieve superior con una representación de las Lupercales, toda la fachada inferior y más de veinte grandes fragmentos decorativos, de los que darán idea á nuestros lectores los adjuntos fotografiados. — L.

LA CARRERA DE LAS MODISTILLAS  
EN PARÍS

Este original concurso, organizado por el periódico de deportes *Le Monde Sportif*, ha sido un verdadero acontecimiento.

tida y empezó la carrera, viéndose las corredoras acompañadas durante todo el trayecto por una multitud enorme de peatones, jinetes, ciclistas, automóviles y vehículos de todas clases, por entre la cual difícilmente lograban aquéllas abrirse camino. Así suben por la Avenida de los Campos Elíseos, yendo delante no la que tiene mejores piernas, sino la que

cuatro años y trabaja en un almacén de modas de su hermano, vicepresidente del Club Atlético: él es quien la ha aconsejado y entrenado.

Después de ella llegaron la Srta. Luisa Beleta, costurera de la casa Ameaux, y la Srta. Lucía Fleury, costurera de la casa Roux, que emplearon respectivamente treinta y treinta y tres segundos más que



PARÍS. - LA CARRERA DE LAS MODISTILLAS. - Salida de las carreristas (de fotografía de Branger Doyé)

Las carreristas hallábanse reunidas desde las ocho de la mañana en la plaza de la Concordia, punto de salida: vestían unas pantalones, otras faldas cortas y cubrían sus cabezas boinas, «polos,» sombreritos de fieltro, etc.; varias llevaban prendas distintivas de las casas en donde trabajan, y las de la casa Redfern, por ejemplo, ostentaban escrito en la manga el nombre del acreditado establecimiento.

dispone de más fuertes puños y sabe mejor manejarlos. Al llegar á la avenida de la Grande Armée, causa pena contemplar aquellos rostros sudorosos y aquellos pechos jadeantes.

En tanto, un gentío no menos considerable llenaba la plaza de Nanterre, que era la meta señalada. Antes de las once y media, la Srta. Juana Cheminel ponía su firma en la hoja del *controle*: era la

la primera. Omitimos en gracia á la brevedad los nombres de las demás, hasta cincuenta, que ganaron los premios concedidos.

A la una, las vencedoras y los organizadores de la carrera se reunieron en alegre banquete, terminado el cual asistieron á un concierto que bajo la dirección del maestro Gustavo Charpentier se celebró en la sala de fiestas de la alcaldía.



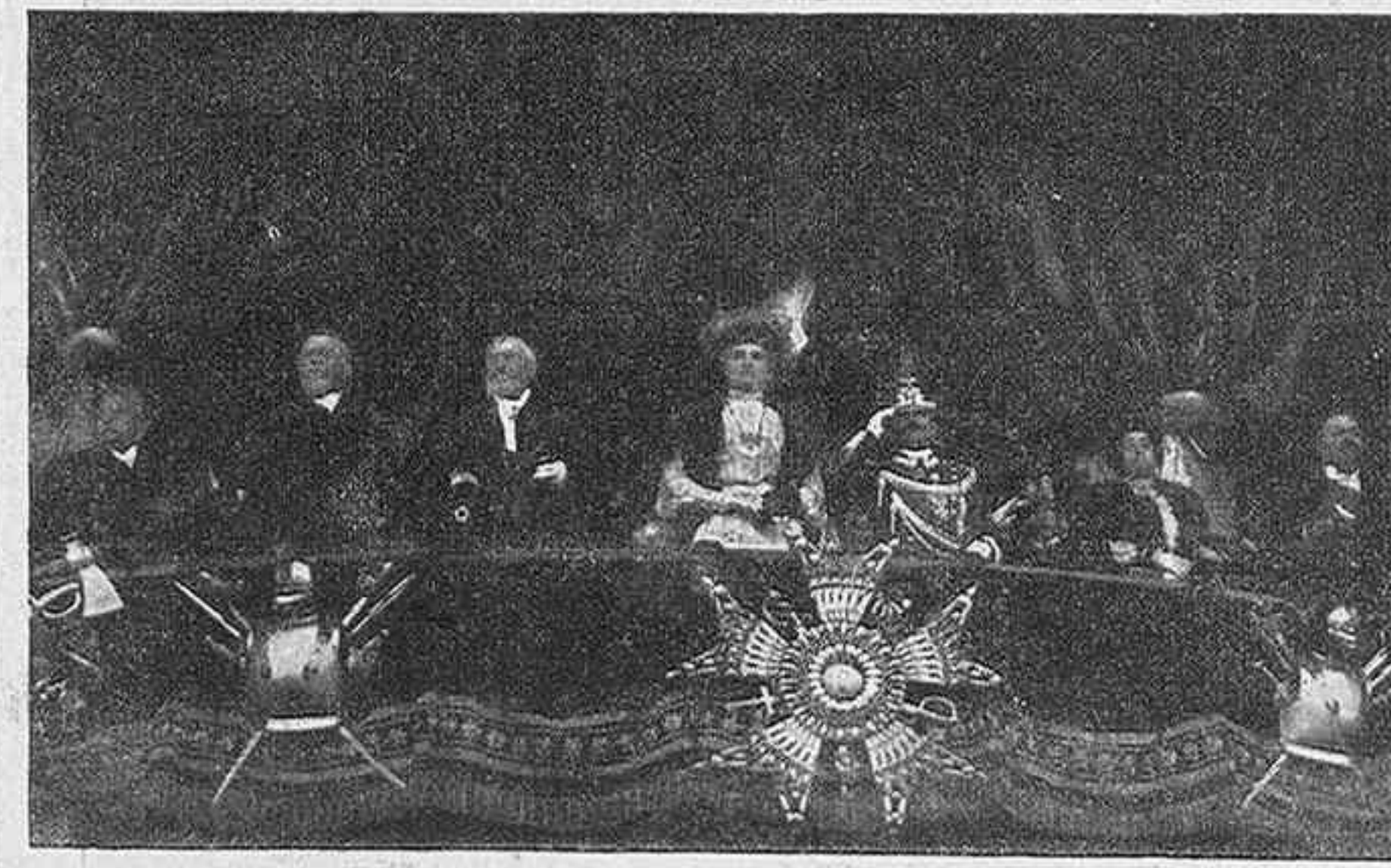
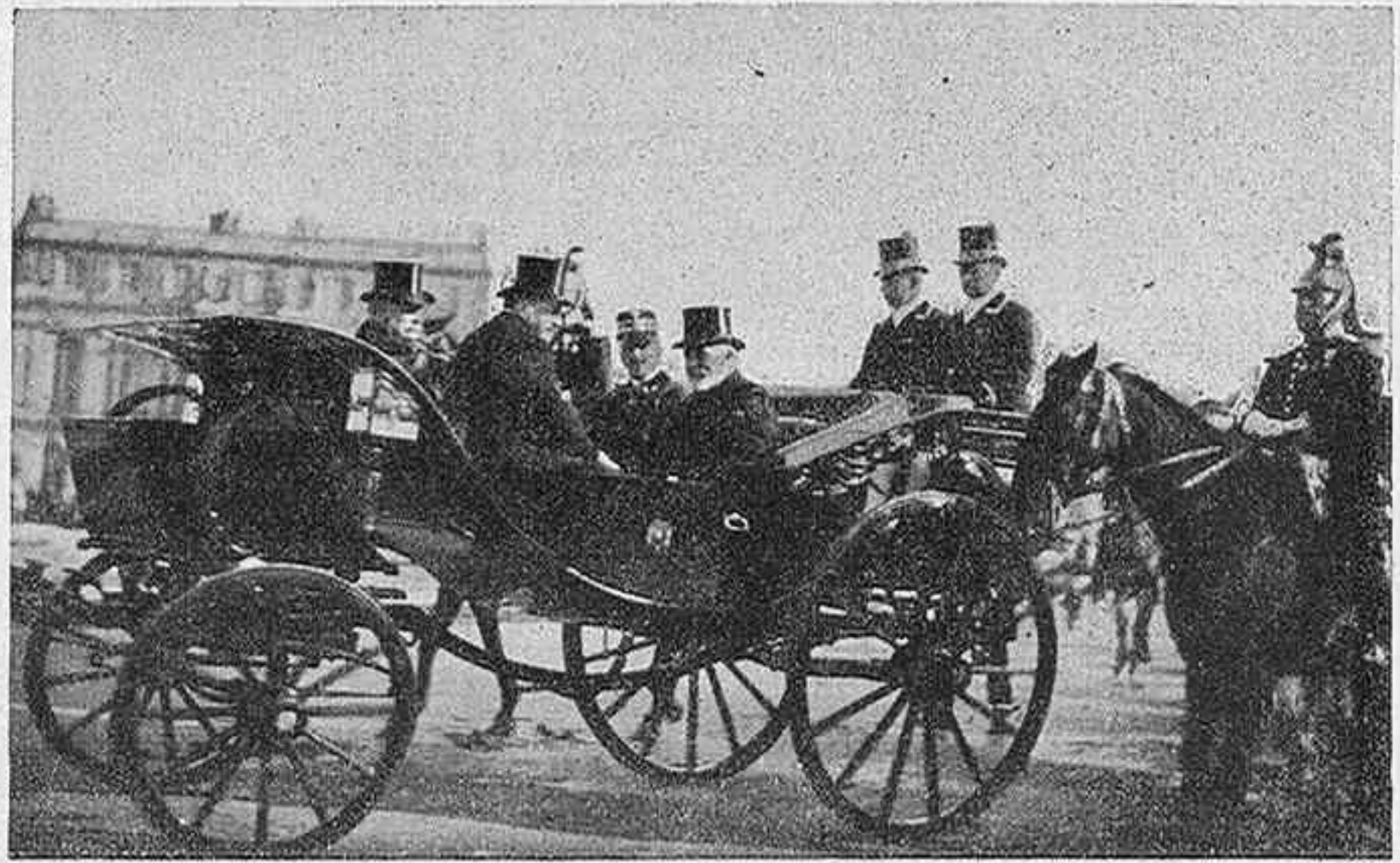
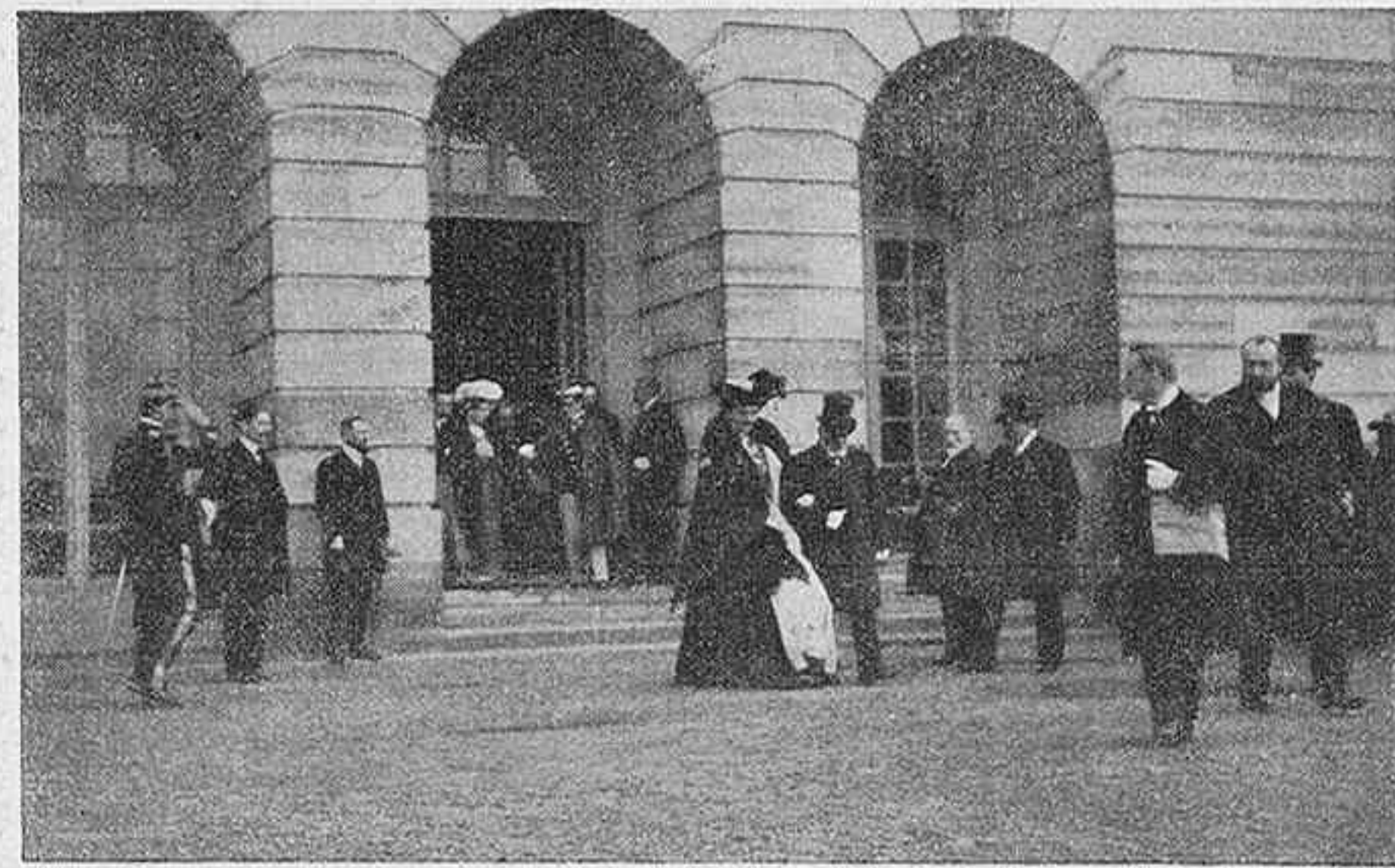
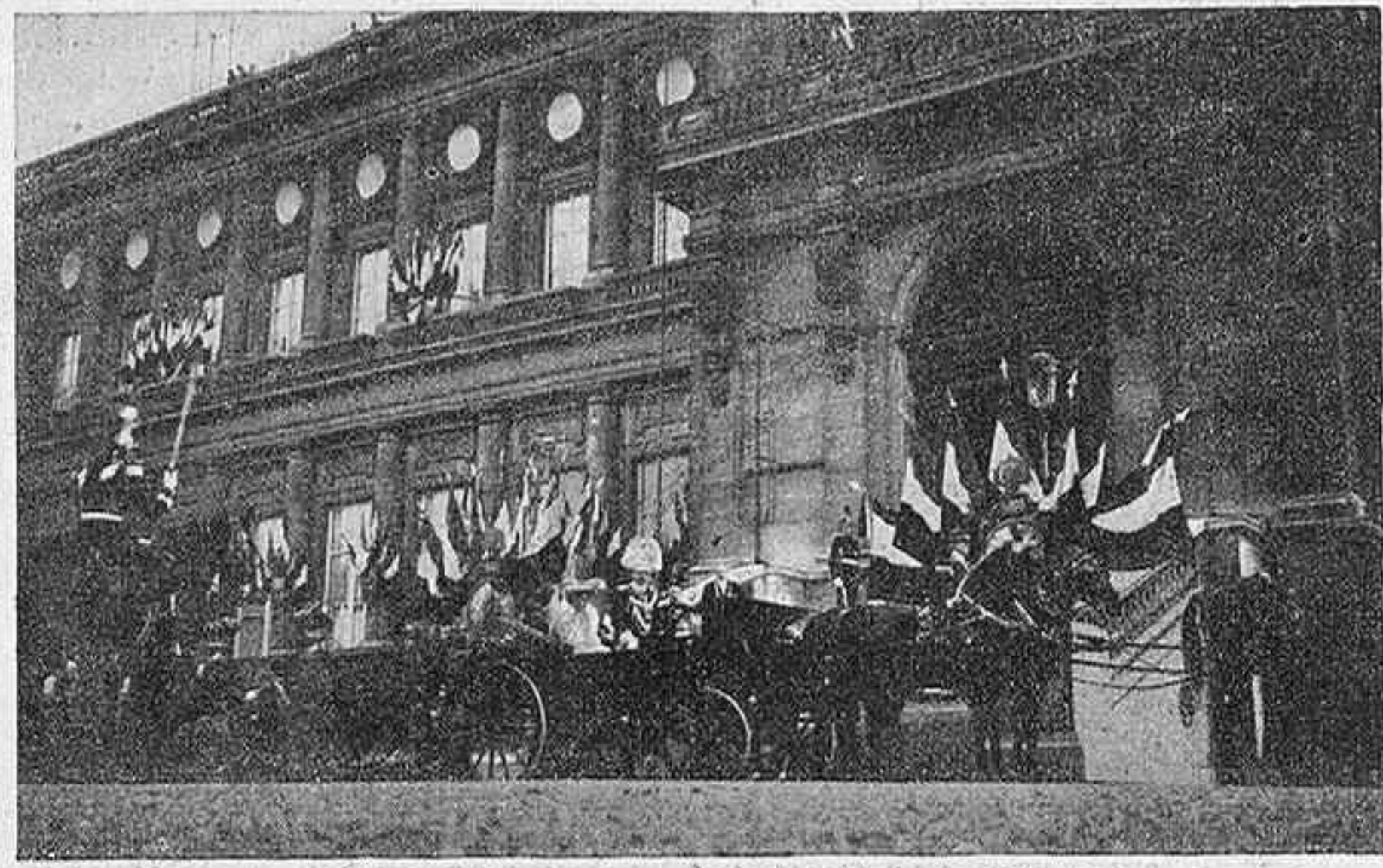
PARÍS. - LA CARRERA DE LAS MODISTILLAS. - Las ganadoras de los cuatro primeros premios. + Srta. Juana Cheminel, que ganó el primero (de fotografía de Branger Doyé)

El aspecto que ofrecían aquellas 2.400 modistillas era encantador y sumamente pintoresco y animado. A las diez y veinte minutos dióse la señal de par-

primera y había recorrido el trayecto de doce kilómetros en una hora y cinco minutos.

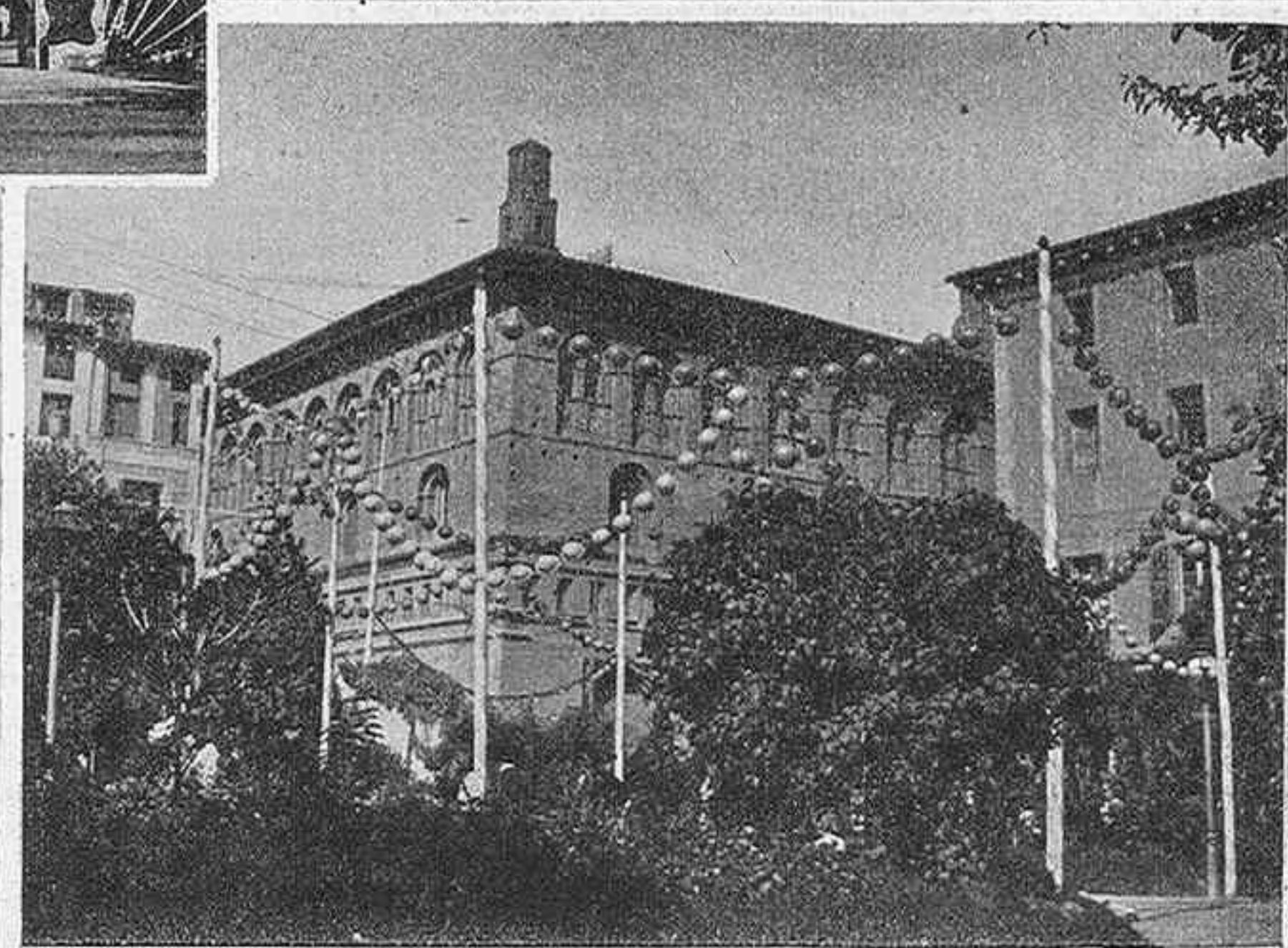
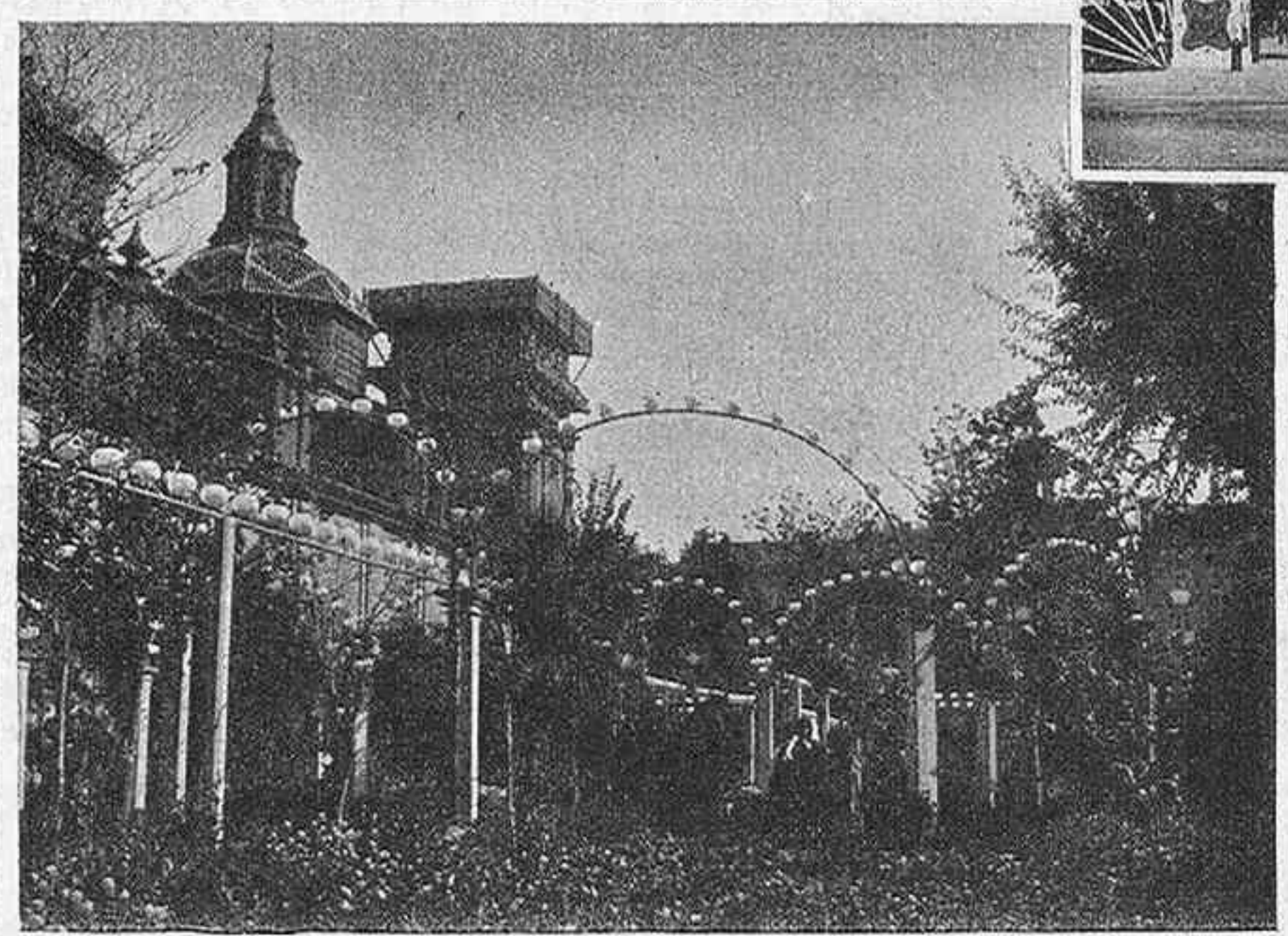
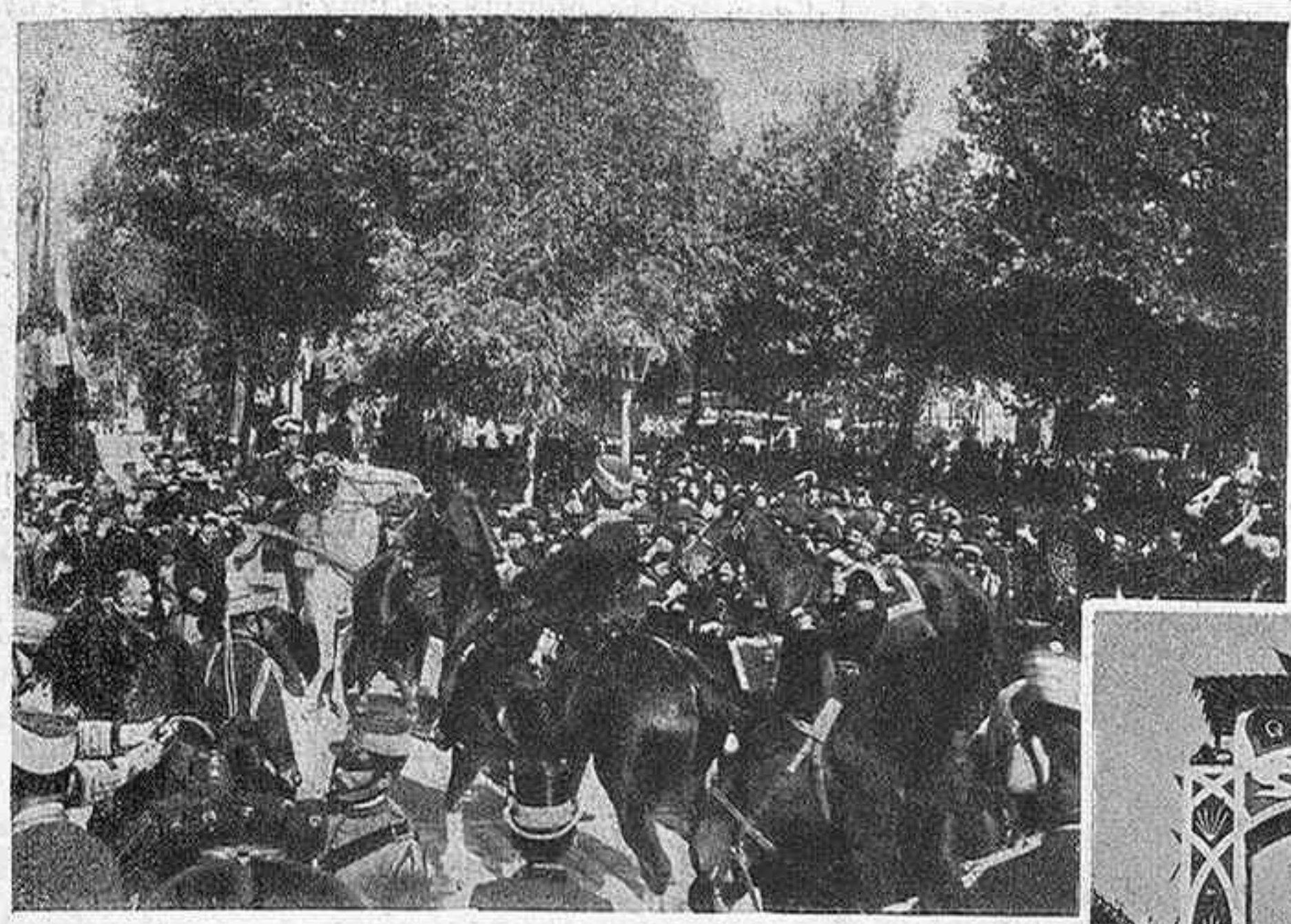
La vencedora es una graciosa morena de veinti-

Por la noche, vencedoras y vencidas se divertieron de lo lindo en los numerosos bailes que en su honor organizó la población de Nanterre. - X



**Los reyes de Italia en París.**— Los reyes de Italia saliendo del Ministerio de Negocios Extranjeros, su residencia. — M. y Mme. Loubet de regreso en el Elíseo. — Visita de los reyes de Italia al palacio de Versailles. — El rey de Italia y M. Loubet en su visita al palacio de Versailles. — Visita de los reyes de Italia al Hotel de los Inválidos. — El rey de Italia acompañado del general Andrée en la revista de Vincennes. — Tribuna oficial en la revista de Vincennes. — El rey de Italia y M. Loubet en la cacería de Rambouillet. (De fotografías de León Bouet y Branger Doyé.)





Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Zaragoza.—Visita del rey á la Facultad de Medicina y Ciencias. — Arco de triunfo construido por la guarnición de Zaragoza. — Iluminación de la plaza del Pilar. — Iluminación de la plaza de la Seo y vista de la Lonja. — Plaza de la Seo vista desde el palacio arzobispal, en donde se alojó el rey. — El rey en el puente de barcas tendido sobre el Ebro por los ingenieros militares. — Corona eléctrica dedicada á S. M. por la *Electra Peral Zaragozana*. — Arco construido por la Real Maestranza de Zaragoza. — El rey regresando de presenciar la maniobra de tender el puente de barcas. (De fotografías de M. Dosset Vallespinosa.)

NUESTROS GRABADOS

**Monumento á Alejandro Dumas (hijo), obra de R. de Saint-Marceaux.**— En la plaza de Malesherbes de París ha de erigirse un monumento á Alejandro Dumas (hijo), cuyo autor, el escultor Saint-Marceaux, ha tenido la buena idea, antes de proceder á la ejecución definitiva del mismo, de exponer el modelo de tamaño natural, á fin de juzgar el efecto que produce y de ver las modificaciones que en él hayan de introducirse. Alejandro Dumas está sentado en lo alto de un pedestal cilíndrico, vestido con su tradicional bata y en actitud de trasladar á las cuartillas el pensamiento profundo ó la frase mordaz que ha brotado en su cerebro. Debajo de él y apoyadas en el pedestal están sus inspiradoras, las mujeres felices ó apesadumbradas, enamoradas ó víctimas de la pasión, de la suerte ó de la dura ley. El artista no se ha preocupado de la simetría, sino que las ha agrupado á un solo lado del zócalo, contentándose con grabar en la parte opuesta la lista de las obras que han inmortalizado á Dumas hijo.

**En demanda de hospitalidad, cuadro de Román Ribera.**— La personalidad artística de Román Ribera toma cuerpo, se acrecienta á medida que el tiempo transcurre y se multiplica la producción. Siempre y en todas ocasiones preséntase pulcro, correcto, elegante y distinguido; jamás incurre en el amaneramiento, y todas y cada una de las figuras que traza han de estimarse como acabados estudios, como gallardas manifestaciones pictóricas, dechados de buen gusto. Varias y repetidas veces hemos tributado al artista y al amigo nuestros plácemes. Bien los merece quien es el prototipo de la laboriosidad y de haber sostenido el buen concepto del arte moderno, sin renunciar á los cánones de la escuela en que siempre ha militado como inteligente y entusiasta campeón.

**Medalla conmemorativa de la Exposición Balear.**— El Ayuntamiento de Palma de Mallorca dispuso con muy buen acuerdo que se celebrase en el presente año una exposición regional durante las tradicionales fiestas de agosto. A pesar del poco tiempo de que se dispuso para la realización de este pensamiento, el éxito ha sido extraordinario, pudiendo casi asegurarse que el ejemplo de este año se continuará en los sucesivos. Para conmemorar esta exposición se ha acuñado la artística medalla que en esta pá-

de la bahía de Palma; en el reverso se ven los escudos de las capitales de las tres islas Baleares.

**Reproducción de una acuarela de Salvador Sánchez Barbudo.**— Obra del distinguido artista jerezano



MONUMENTO Á ALEJANDRO DUMAS (HIJO), obra de R. de Saint-Marceaux. Modelo expuesto por el escultor en la plaza de Malesherbes, de París, en el sitio en donde ha de erigirse el monumento para juzgar del efecto que produce y ver las modificaciones que en él hayan de introducirse.

no es la magistral acuarela que reproducimos, que forma parte de la notable colección particular que posee el rey de Portugal. Conocidos son los méritos del Sr. Sánchez Barbudo, el celebrado autor de los notables cuadros *Hámlet*, *el Café*, *la Puérpera*, *Salón de esgrima* y otros y otros no menos celebrados y aplaudidos, por cuyo motivo hemos de limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores acerca de la obra, que podemos dar á conocer gracias á la galantería del artista á quien rendimos, con este motivo, el tributo de nuestra consideración y simpatía, ya que á una y otra tiene derecho por su reconocida competencia y por sus laudables esfuerzos en sostener, por medio de sus producciones, el buen nombre y la tradición de la escuela española.

**Visita de los reyes de Italia á París.**— De algún tiempo á esta parte menudean las visitas de los distintos soberanos de Europa á las cortes ó capitales de los demás jefes de Estado; la diplomacia trabaja activamente, y la finalidad de estas regias expediciones no es

sino el sello puesto ostensiblemente á las negociaciones de las cancillerías. París en pocos meses ha tenido por huéspedes al rey Eduardo VII primero, y á los reyes de Italia últimamente, y el hecho de que pueblos de tan diversa índole como el inglés

y el italiano se muestren tan solícitos con Francia, prueba lo mucho que esta nación pesa en la política europea. Pero dejándonos de consideraciones que aquí no vienen á cuento, digamos algo, aunque sea muy poco, pues no tenemos espacio para más, de la estancia en París de Víctor Manuel II y de su esposa Elena. Llegaron éstos á París en la tarde del 14 del pasado octubre, dirigiéndose inmediatamente al palacio del muelle de Orsay, es decir, al Ministerio de Negocios Extranjeros, que les había sido destinado como residencia. Por la noche hubo banquete de gala en el Elíseo, cruzándose en él cordiales brindis entre el rey y el presidente, y después gran recepción y concierto. Al día siguiente fueron los soberanos á Versailles, acompañados de M. Loubet y de su esposa y de un séquito de cuarenta personas y visitaron el castillo y el museo; después del almuerzo recorrieron los bosquesillos, el grande y el pequeño Trianón, el molino de María Antonieta y regresaron á París, asistiendo aquella noche á la función de gala dispuesta en la Gran Ópera en honor suyo. El día 16 visitaron la Casa de Moneda, las Casas Consistoriales y la embajada italiana, y por la noche asistieron á un banquete diplomático del gobierno y á un concierto, uno y otro celebrados en el palacio del muelle de Orsay. El 17 dedicóse á la cacería de Rambouillet: allí fué Víctor Manuel con M. Loubet mientras la reina Elena y la esposa del presidente visitaban el Louvre, reuniéndose luego todos en el Elíseo, en donde dióse una comida íntima. El domingo, después de haber oído misa, los reyes asistieron á la revista militar de Vincennes y por la tarde emprendieron su regreso á Italia. Víctor Manuel y la reina han sido recibidos en París con grande entusiasmo, la reina sobre todo se ha conquistado durante su breve estancia en aquella capital generales simpatías.

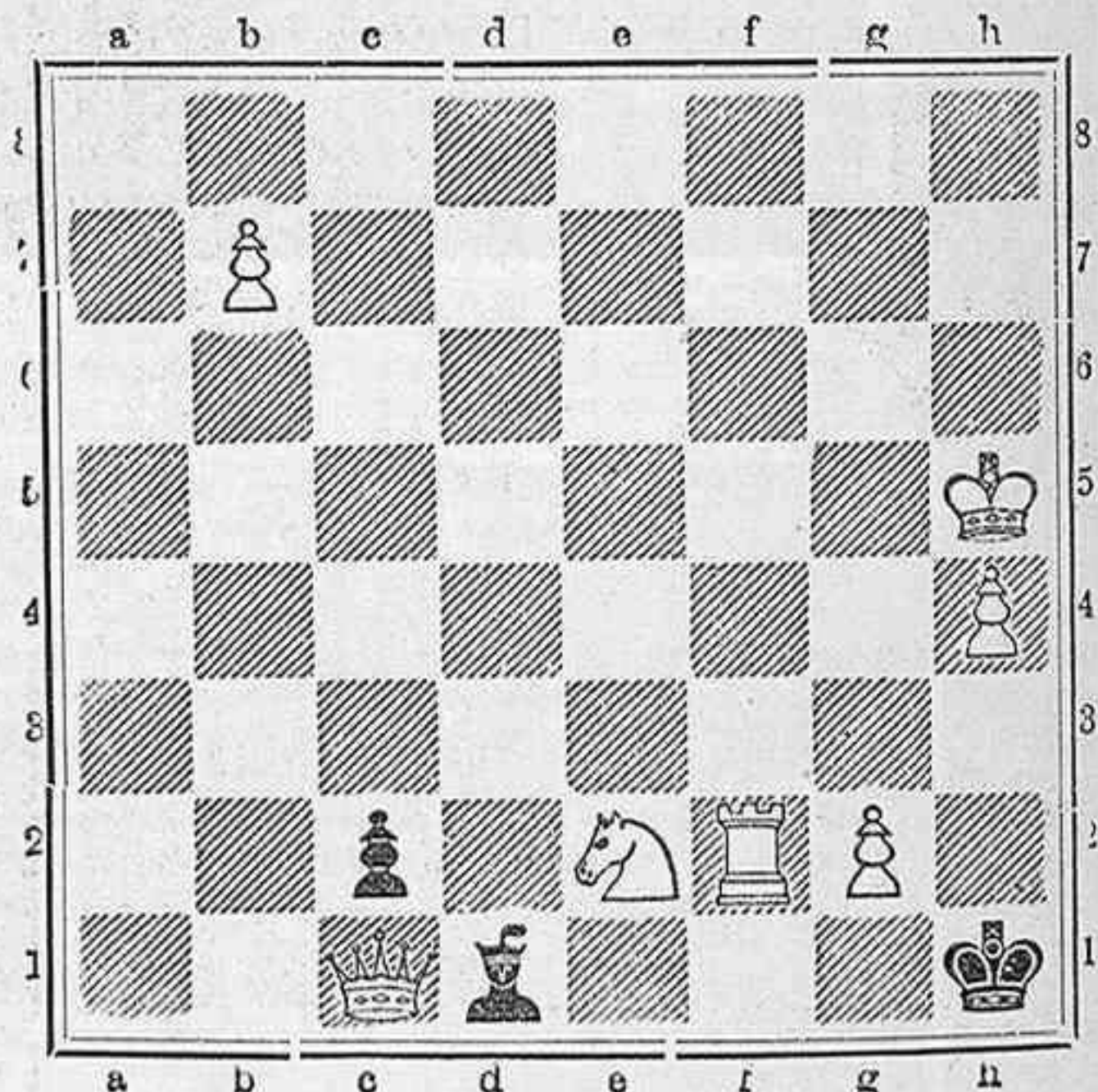
**Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Zaragoza.**— Grato recuerdo conservará seguramente nuestro joven monarca de su visita á la capital aragonesa, puesto que durante su estancia en ella ha recibido inequívocas muestras de simpatía y respetuosa consideración. Todos los elementos, todas las clases se esforzaron en demostrar al Jefe del Estado español que Zaragoza es un pueblo correcto, altamente respetuoso con nuestras instituciones y que sabe cuánto debe á la representación suprema de la nación. Difícil sería reseñar todas y cada una de las manifestaciones y de los actos que tuvieron lugar, desde el momento de la llegada del monarca hasta el en que abandonó la heroica ciudad. Los grabados que ilustran este número darán á conocer algunos pormenores de los festejos y ceremonias con que se agasajó á S. M. D. Alfonso XIII. La visita y adoración á la venerada imagen de la Virgen del Pilar revistió extraordinaria solemnidad, viroteando al monarca al hacer éste ofrenda del bastón de mando. No menos importancia revistieron los Juegos Florales, en donde el poeta premiado Sr. Fernández y González recibió el merecido premio de la reina Srta. D.<sup>a</sup> Dolores Aisa, así como una hermosa pluma de oro, ofrenda de nuestro distinguido amigo y colaborador el Dr. Juan Fastenrath. Las maniobras del regimiento de pontoneros tendiendo un puente de barcas, la visita á la Universidad y las iluminaciones de las calles y plazas constituyen números interesantes del programa, cuyo recuerdo conservarán los zaragozanos.

**Carga de caballería, cuadro de Domingo Muñoz.**— Reune este cuadro todas las cualidades que han de juntarse en este género de pintura: la composición está bien entendida, los grupos de jinetes que al galope se lanzan contra el enemigo, además de bien distribuidos, llevan en su conjunto impreso el furor bélico que el paroxismo de la lucha despierta; el paisaje es de hermosa perspectiva y hay en todo el lienzo ambiente, destacándose admirablemente sobre el terreno las figuras. El pintor se ha preocupado poco de los detalles, su obra no es una obra minuciosa, relamida, sino todo lo contrario, de pinceladas enérgicas, casi duras, y de trazos vigorosos cual corresponde al asunto que le ha servido de tema.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 344, POR K. FRIEDEK.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 343, POR S. LOYD.

- |              |                |
|--------------|----------------|
| Blancas.     | Negras.        |
| 1. h7-h8 (C) | 1. b5-b4       |
| 2. Ch8-f7    | 2. Cualquiera. |
| 3. D mate.   |                |

VARIANTES.

- |                     |                 |
|---------------------|-----------------|
| 1..... Af1-c4 jaq.; | 2. b3x c4, etc. |
| 1..... Ag1 juega;   | 2. Dg5xg2 mate. |



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL recientemente celebrada en Palma de Mallorca

gina publicamos y cuyo dibujo es debido á D. Benito Pons y Fábregas, cronista de la ciudad de Palma, y grabada por el Sr. Feu: en el anverso, una matrona con la corona de laurel en una mano y una rama en la otra destácase sobre un paisaje

# POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

- Dejándome dar, á mi capricho y como yo quiera, un dote soberbio á Mauricio... Soberbio, ya lo sabe usted, y tal que su fortuna sea un día igual á la nuestra. Si está usted conforme, venga esa mano, primo, y abrace á su prometida, que será para usted una mujer fiel y amante.

Y al ver que Noel la volvía á coger en sus brazos, exclamó, poniéndose muy encarnada:

- Pero con más prudencia que antes.

XV

Los jóvenes volvían por el sendero de fragantes sensitivas.

Andrea se apoyaba en el brazo de Noel con entero descuido, como para recordarle que era el ser fuerte y dulce que serviría de sostén á toda su vida.

Y Noel, radiante al estrechar contra su corazón febril aquel brazo tibio y ligero, iba con la cabeza erguida, con todo su antiguo orgullo y su tranquila seguridad.

La viuda de Beraud, que los vió llegar desde el cobertizo por el sendero húmedo de lluvia, experimentó una gran sorpresa.

Nunca los había visto en aquella intimidad ni en aquella confianza.

Pero su sorpresa se convirtió en estupor cuando Noel respondió á su pregunta:

- ¿De dónde venís, hijos míos?

- Venimos de concertar nuestra boda.

La viuda, con una mirada muda y ansiosa, interrogó á Andrea, que sonreía conmovida, pero muy alegre.

- Sí, prima mía, respondió, aumentando así la estupefacción de Magdalena.

Pero antes de que su madre abriera la boca para pedir una explicación, Noel se apresuró á decir:

- Sí, mamá, Andrea es nuestra prima, la hija de Reversay.

- ¡La hija de Francisco!

Y entonces empezó una interminable explicación de Noel, en la que el joven, por hacer más claro el relato, embrolló á veces terriblemente aquella especie de cuento de hadas.

Pero al fin acabó por brotar también para Magdalena alguna luz, única que debió aclarar una parte del misterio que nunca debía Andrea revelar del todo á nadie, ni á su marido.

Y entonces resonó en la Casa Blanca un grito de júbilo y de admiración.

Magdalena no podía comprender que la elección de aquella caprichosa joven hubiera recaído en ese

pobre Noel, cuando estaba allí aquel Mauricio tan guapo y tan seductor.

Mauricio por su parte experimentó un minuto de despecho. Si no su amor, su amor propio debía su-

podrá usted ser muy exigente, Mauricio, puesto que Noel y yo hemos convenido en darle la mitad justa de la fortuna que nos pertenezca.

El joven se abalanzó al cuello de Andrea y le dió

en las mejillas dos besos enteramente fraternales.

- ¡Gracias, hermana mía!

Pero la más asombrada de todos fué Cristina.

La viuda, que hubiera querido contar la gran noticia á todo el universo, entró en la cocina y dijo á la muchacha:

- ¿No sabes, Cristina?

- No, señora, nada.

- La señorita Andrea se casa con...

- Con el señorito Mauricio... Lo hubiera apostado.

- No, con el señorito Noel.

- ¡Pero está lol..

¿Qué iba á decir la hija de Mario?

Y arrepintiéndose á tiempo, mientras sus mejillas tomaban el color de una manzana, añadió:

- En fin, de gustos no hay nada escrito. Estas señoritas no tienen las mismas ideas que tendríamos nosotros. Lo que es yo, no hubiera escogido así.

- Ni yo, estuvo por decir la viuda, pero se guardó bien de formular su pensamiento.

Aquella elección, ¿no era una dicha más? A Mauricio no le costaría trabajo hacer una buena boda, y menos ahora, gracias á aquella adorable joven. Sí, con ella habían entrado en la casa la dicha y la fortuna, todo lo que creían perdido para siempre... Y Noel, aquel pobre Noel, tendría la mejor parte.

Cuando la madre volvió á reunirse con ellos, estaban los tres en gran conferencia y Andrea les anunciaba por segunda vez su partida.

- Pero esta vez nadie tiene ya miedo, decía riéndose.

- No, querida mía, dijo entonces Noel

con su sonrisa juvenil, definitivamente recobrada.

- ¿Y si no vuelvo?

- Será que tendré yo que ir á buscar á usted.

- Probablemente sucederán así las cosas. Cuando reciban ustedes estas simples palabras: «Vénganse todos,» no tendrán más que ponerse en camino. Y usted, mi querida prima Magdalena, entrará en Biviers con los honores de la guerra y estará allí en su casa, puesto que será la de sus hijos...

- Pero..., dijo muy bajo Noel, vendremos aquí de vez en cuando...

- ¡Aquí!, exclamó Andrea juntando las manos;



- Todas nuestras desgracias se han acabado

frir, aunque muy superficialmente, en aquella aventura. Pero era bueno también, aquel muchachón un poco niño por su educación femenina y por la solicitud que había ahorrado á su niñez y á su adolescencia los cuidados del presente y del día de mañana, que virilizan y acorazan las almas.

Además, Mauricio quería mucho á su hermano Noel y á todo el mundo, y cuando Andrea le dijo con su linda voz grave:

- Ahora vamos á buscarle á usted una guapa muchacha, á la que usted adorará muy pronto y que sea al mismo tiempo un soberbio partido. Porque

con su sonrisa juvenil, definitivamente recobrada.

seríamos muy ingratos si no viniéramos todos los años a ver las calas en las que duerme el mar en dulce calma...

- Y los grandes brezos, Andrea.

- Sí, Noel, dijo la joven bajando también la voz; los grandes brezos con los que me embriagó usted un día.

\* \* \*

Aquella mañana hacía un tiempo hermoso. El mes de mayo llegaba a su fin en el despertar de todas las florescencias del verano, y el jardín de Biviers, que se extiende como un inmenso parque hasta el camino en que se levanta la verja monumental del castillo, empezaba a ostentar sus rosas, mientras los tulipanes y los jacintos languidecían en sus tallos, prontos a ceder el puesto a otras flores más veraniegas.

Con sus cuadros floridos en primer término, sus verdes valles después y los nevados Alpes en el horizonte, el Delfinado se adornaba aquel día con todas sus bellezas.

Pero el anciano sentado al sol en la escalinata del castillo no parecía interesarse por aquel bello panorama ni ocuparse en otra cosa que en calentar lo que él llamaba su vieja armazón, más atento a las corrientes de aire que a los efectos de luz y de sombra, y a la frescura del aire que a los perfumes transportados por aquella brisa alpina.

Francisco Reversay, después de la partida de Andrea, había tomado el color fresco y rosado de los viejos que vegetan a su gusto, como plantas frágiles y bien cuidadas.

Sus manos, de piel demasiado fina y reluciente, se apoyaban en el bastón con ese ademán, familiar de las personas de edad, que extienden juntos unos dedos amenazados por la anquilosis.

Sus párpados temblaban y su cabeza se mantenía poco firme, y aquel hombre de cincuenta años parecía un septuagenario por su actitud y por esa timidez vacilante y desconfiada, acompañada de ese despecho que sienten todos los que comprenden que su existencia se va agotando poco a poco.

Su pensamiento no se aventuraba ya sin fatiga más allá de las preocupaciones materiales del día y casi de la hora presente, y era para él un reposo dejarle dormir mientras el cuerpo yacía en un bienestar perezoso.

Para sacudir aquella somnolencia no tenía más que una idea familiar y casi fija; la de volver a ver a Andrea, para no ver más a Julia; doble deseo que se traducía por este gruñir constante:

- ¿Dónde está esa muchacha? ¿Quién tiene noticias tuyas? ¿Por qué no viene? ¿Por qué no escribe?

Recordaba, sin embargo, que se lo había advertido, porque aquella niña terrible no quería hacerle saber adónde había ido.

Pero, en fin, puesto que lo había prometido, no tardaría en volver, y lo advertiría, al menos, para que fueran a buscarla a la estación..., en Grenoble ó donde se apease.

Por eso todas las mañanas hacía la misma pregunta a Julia, a aquella Julia de sonrisa obsequiosa y astuta, cuando le llevaba el correo:

- ¿No hay cartas?

- No, señor.

- ¿No hay noticias de la señorita?

- No, señor.

- Está bien; déjeme usted.

- ¿El señor no necesita nada?

- Nada más que estar solo... Váyase usted.

Y Julia se escapaba, sonriente por fuera, pero indignada por dentro contra aquel salvaje, aquel ingrato...

Pero, por fin, aquella mañana recibió, no una carta, sino un telegrama.

«Papá querido, llego a las doce.»

Al oír aquella noticia tan impacientemente esperada, Reversay experimentó como una sacudida que le hizo salir de su marasmo.

Y el anciano se fué a todas partes, hasta al último rincón de la casa, a fin de que todo estuviese preparado para recibir dignamente «a la señorita.»

Dos ó tres veces inspeccionó el cuarto de Andrea y reañó y gruñó hasta hacerse insoportable.

Pero Reversay había tenido realmente como una especie de resurrección, y cuando al mediodía Andrea se presentó, el pobre hombre fué a recibirla como al único ser que le amaba en el mundo, el único cuya ternura no era fingida ni interesada, el único del que no temía ni decepción ni sufrimiento.

No bien Andrea había bajado del coche cuando su padre le abrió los brazos, y su alegría fué doble al verla con la vista animada y el aspecto radiante y oírle decir, al besarle, como en otro tiempo:

- Aquí estoy, querido papá, aquí estoy para siempre, y feliz..., feliz..., feliz...

A lo que añadió muy bajito:

- Todas nuestras desgracias se han acabado.

La joven se apoderó en seguida de su padre y se le llevó al saloncillo, aquel que tan poco se parecía al de Hortensia de la Croix d'Arbel; le instaló en uno de aquellos sillones que parecen tan estrechos y tan frágiles, pero en los que se acaba por estar tan cómodamente, y cuando le vio allí, bien entregado a ella, le dijo:

- Querido papá, quiero decírtelo en seguida, porque el corazón se me salta del pecho y a ti también te traigo la alegría.

- ¡La alegría!, dijo Reversay sonriendo con instintiva desconfianza.

- Sí, la alegría y la paz de tu conciencia... Todo esto llega conmigo.

- Cuenta, cuéntame eso, hija mía.

- ¿No me preguntas ante todo de dónde vengo?

- Temo que no querrás decírmelo.

- No quería hace un mes, pero sí ahora.

- ¿De dónde vienes?

- De Agay.

- ¿Qué pueblo es ese?

- Un pueblo encantador, en la orilla del Mediterráneo, cerca de Cannes.

- ¿Y qué has ido a hacer allí?

- Conocer a nuestra prima Magdalena.

Reversay se estremeció y dijo conmovido:

- ¡Magdalena de la Croix d'Arbel!

- Magdalena Beraud, sí, papá.

- ¡Desgraciada! ¿Qué es lo que pretendías?

Andrea vio temblar los labios flácidos de su padre y mojarse su frente de un sudor de ansiedad.

- Ya te he dicho, papá, que te traigo la felicidad y la alegría.

- ¿Pero qué pretendías?

- Pretendía y sigo pretendiendo no faltar a la palabra que te había dado y no faltar tampoco a lo que debo a nuestro nombre.

- Pero, entonces, dijo un poco más tranquilo Reversay, ¿para qué?

- Vas a saberlo. Nuestra prima Magdalena tiene dos hijos...

Para decir verdad, si Francisco lo sabía, lo había olvidado, y respondió vagamente:

- Y bien, esos dos hijos...

- El mayor tiene veintisiete años.

- ¡Ya!

- Como yo tengo veintiuno y no he venido al mundo hasta mucho después de la aventura de Magdalena.

- ¡Es verdad, después de todo!.

- Pues bien, papá, desde hace tres meses me estoy ocupando en conquistar a mi primo Noel.

Y conteniendo con un ademán lindamente imperioso las exclamaciones y las preguntas que preveía, añadió:

- Sí, se llama Noel, y puedes figurarte que cuando me vi a su lado en Agay, donde vive con su madre y su hermano, fuí bastante prudente para no hacerles conocer quién era yo. Como las princesas que viajan de incógnito, tomé uno de mis numerosos nombres de familia y me presenté a la familia Beraud como Andrea Rival y penetré en su hogar, digno y modesto, donde me alquilaron una habitación para aumentar sus pobres recursos, como hacen casi todos los habitantes de aquel litoral.

- ¿Eso hiciste?

- Por eso no podía darte mi dirección; pero así pude entrar en la intimidad de nuestros primos, hasta el punto de que hoy te anuncio..., de que hoy te pido tu consentimiento para casarme con Noel Beraud, a quien amo y que me ama.

Reversay dió un gran suspiro.

- No necesitas mi consentimiento, dijo.

- Pero yo te lo pido, porque sería muy feliz si me le dieras.

El padre cogió la mano de Andrea y respondió:

- Ya sabes con qué condición..., por ti..., por mí, por nuestro nombre..?

- ¡Oh!, papá, ¿no comprendes que preferiría morir antes de hacer tal confesión?

- Sí, comprendo; has encontrado el medio...

- Con toda la alegría de mi corazón.

- ¿Es un guapo mozo, entonces?

- Tiene todas las dotes de inteligencia y de corazón que hacen los seres escogidos. Cuando, después de la muerte de su padre, todos los suyos iban a sucumbir a la más horrible miseria, él los salvó trabajando con tal empeño, que un día terrible sintió que perdía la vista...

- ¡Es ciego!.

- Lo que no le impide ser el hombre más guapo y mejor que conozco.

- Pero no has reflexionado, pobre hija mía. Tú no puedes unir tu vida a la de ese desgraciado joven...

- Le amo y eso basta. Así era cuando le conocí y cuando empecé a amarle... Así era cuando, con peligro de su vida, salvó una vez la mía... Así, cuando los dos hemos cambiado promesas solemnes..., que eran tan sinceras en mi boca como en la suya. Si no le hubiera visto injustamente desgraciado, no le hubiera amado acaso, ni me hubiera obstinado en leer, a pesar suyo, en su corazón un poco cerrado. Acaso entonces no hubiera sospechado la elevación, la grandeza, la ternura de su alma... ¡Ah! Si supieras lo que ha hecho para tener de mí una imagen real y viviente!.. Pero ya te contaré todo eso... Hoy me basta decirte que nos amamos.

- Y yo no puedo hacer más que bendecir vuestra unión, dijo Reversay con alguna amargura. Pero, antes de la boda, Andrea, está el contrato.

La joven se estremeció al ver que su padre iniciaba por sí mismo el punto delicado.

- En eso, papá, me fio de tu generosidad.

- No hay generosidad, hija mía, puesto que eres mi única heredera. Para mí han pasado ya los tiempos de las locuras y llevarás un día a tu matrimonio toda la fortuna de Reversay... Y cuando digo «un día...»

El anciano reflexionó durante unos momentos.

Su hija había vuelto y no quería que de nuevo se marchara. Era preciso atarla con un lazo inmediato, sólido é indestructible a aquel Biviers donde él quería morir tranquila y pacíficamente, rodeado de los suyos...

Y como si tomara una resolución definitiva, dijo:

- En realidad, ¿por qué no has de aportar esa fortuna en la actualidad?.. Puesto que decididamente tu cabeza está llena de ideas y de proyectos que sabes realizar con tanta habilidad, sigue como has empezado. Yo no soy más que una sombra y no pido más que un pequeño sitio al sol y uno muy grande en tu corazón... Y con tal de que no hables más de dejarme... Y no tengo exigencias ridículas... Digo «dejarme» y no «ausentarte.» Yo sé bien que a los jóvenes les gusta correr un poco... Pero que el cuartel general, que el sitio adonde, entre viaje y viaje, vengas a hacer compañía a tu padre...

- Será Biviers, sí, papá, será siempre Biviers.

- Entonces, arregla como quieras con Pascalón la cuestión de intereses... Yo firmo sin leer... ¿Estás contenta?

Los ojos de Andrea se llenaron de lágrimas.

- Eres el mejor de los padres... Y en cuanto hayas escrito dos letras a Magdalena invitándola a venir con sus hijos...

- ¡Oh! Andrea, eso de escribir...

- Unas líneas... Yo no puedo invitarlos... ¿Qué se diría?

Y añadió alegremente:

- Lo harás por Reversay..., sólo por Reversay.

- No, hija mía, por ti sobre todo y por la dicha que te deseo.

\* \* \*

Unos días después, empleados en los preparativos indispensables a los que dejan una casa habitada muchos años, la viuda de Beraud entró en Biviers por la puerta principal, abierta de par en par para recibirla.

Hacía más de veinte años que salió de aquella casa, después de aquella visita que tuvo el deseo, ó acaso la inspiración, de hacer a Hortensia con el pequeño Noel, y de la que había salido con la ilusión de haber emocionado y enternecido a su tía presentándole aquel hermoso niño...

Después la muerte pasó por allí y arrebató a Hortensia olvidadiza é implacable.

Magdalena creyó entonces que todo había acabado y que jamás volvería a aquella casa, desde la que se ve serpentear el Isero en el valle profundo, y se contemplan las praderas onduladas hasta perderse en las primeras estribaciones de los Alpes.

Y la esposa de Beraud se había resignado, como se resignó después al ostracismo de su familia, a la pérdida del hombre amado, a la desgracia de Noel y a la pobreza...

Pero Magdalena volvió con aquel Noel, con sus dos hijos, vió revivir todos los recuerdos de la infancia y reconoció los grandes árboles del parque, un poco envejecidos, como ella, por los veinte años que habían pasado por sus frondosas cabezas.

La viuda fué acogida por la deliciosa niña que ya la llamaba madre, y con los brazos abiertos por aquel Francisco de Reversay, horriblemente decrepito, que le dijo en tono hospitalario:

- Prima, vuelves a esta casa, y espero que ahora será para no volverte a marchar.

Y toda la familia se encontró de nuevo reunida en aquel saloncillo de Andrea, que fué en otro tiempo el de Hortensia, con la misma intimidad que los reunía en el comedor blanqueado, á la orilla del mar azul.

Noel, aunque él se defendió desesperadamente, fué instalado por Andrea al lado de la chimenea, en una butaca que recordaba la «antigualla» de la Casa Blanca, con la única diferencia de que enfrente había otra butaca para el viejo Francisco, que se prometía ya ser, en cuanto suspiernas se lo permitieran, el cicerone de su futuro yerno y describirle aquel Biviers que sería suyo y que él, desgraciadamente, no vería jamás.

¿Pero no tenía Noel los ojos de su amada Andrea para reemplazar á los suyos y hacerle olvidar que la dicha completa no es de este mundo?

El joven además había visto un momento á su Andrea y había impreso en su corazón esa imagen que no se borraría nunca...

Noel no pedía á Dios nada más que no despertar de su sueño.

Andrea, mientras tanto, estaba muy ocupada, y por fin llegó el día en que los dos volvieron de la iglesia de Biviers, toda florida y llena de incienso, ella, vestida de blanco y con corona de azahar, y él llevándola del brazo tan estrechamente apretada, que al ver su andar seguro y su sonrisa orgullosa se hubiera dicho que era él quien guiaba en vez de obedecer al dulce y furtivo impulso de la que le prestaba sus ojos.

Todos habían estado de acuerdo para hacer la boda en la más estricta intimidad. Algunos amigos fueron los testigos indispensables, y entre ellos Pascalón, que dirigió gravemente á la recién casada el cumplimiento de Horacio á Galatea: «*Sis licet felix, ubicumque mavis...*» Y en la pequeña iglesia de Biviers no hubo más que gente del país, que acudió por curiosidad y como atención de vecinos.

Pero el cura había querido ponerse á la altura de las circunstancias en aquella boda excepcional, y cuando salieron los novios, el pequeño órgano del coro lanzó sus más alegres armonías.

— ¿Te acuerdas, Noel?, murmuró Andrea. Atraída por la música de un armonio, te vi por primera vez.

— Y yo que ni siquiera sospechaba... ¡Ah!.. ¡Mis ojos! ¡Mis pobres ojos!

— ¡Bah! Tienes los míos... ¿No te basta que sea así toda la vida?

— ¡Oh, sí, siempre!, exclamó Noel con un estrechamiento de ternura, en el que acaso había una ardiente pena..., pronto borrada por la dulce emoción amorosa que le hacía olvidar todo.

Seis meses después se recibió en Biviers una carta dirigida á Magdalena, impacientemente esperada, y procedente de Ginebra.

Al verla tan voluminosa, la madre de Noel lanzó un grito:

— Francisco, aquí tenemos noticias, y muchas, según parece...

— Pues lee, lee pronto, prima, dijo Reversay, que estaba calentando al sol «su vieja armazón», cada vez más deteriorada.

La viuda leyó:

«Mi querida mamá: ¡Cuántas cosas tengo que contaros y cómo debían impacientaros mis cartas anteriores, de tres líneas!

»Pero tenía tanto que hacer, y sobre todo, quería hacer tan hermosas cosas... Además hubiera tenido que contaros mi fiebre de incertidumbre, de esperanza, de desanimación..., y hubiera acabado por transmitirlos, con lo que nada hubiéramos adelantado... Hoy, en cambio, vais á ver si estoy charlatana, para tu alegría, querida mamá, y para la de todos.

¡Necesita tantos cuidados todavía! ¡Está tan cansado y ha sufrido tanto!.. ¡Ah, mamá querida!, cuando pienso en esto... ¡Qué caro cuesta el comprar la dicha!

»Así, pues, nos pusimos en camino, y ya os he dicho que el viaje pasó sin incidentes. No nos detuvimos en parte alguna, y á medida que nos aproximábamos á la frontera, Noel se ponía más impaciente, más irascible á la menor parada que excedía de un solo minuto el tiempo marcado en la guía..., que tenía yo que leerle á cada instante y con cualquier pretexto...

»Por fin llegamos á Ginebra y fuimos á parar al hotel de Bergnes. Media hora después, estábamos llamando á la puerta del despacho del doctor Potzer.

»Es el doctor un viejo de barba gris y cabello blanco y escaso, con unos ojillos hundidos debajo de las espesas y enmarañadas cejas..., unos ojos que penetran como barrenas cuando miran de frente...

— Ante todo, dijo, tengo que asegurarme del estado actual del enfermo, para ver si es posible la operación.

»Y el aterrador examen dió principio... ¡Oh! ¡Aquella lámpara cuyos reflectores enviaban la claridad hasta el fondo de los ojos de mi pobre Noel! ¡Aquellos otros instrumentos! ¡Aquel oftalmoscopio! ¡Aquel silencio horrible, cortado solamente por breves

preguntas á las que no había que responder más que «sí» ó «no!» Y sobre todo, mamá querida, aquella angustia mortal, la primera de todas, que consistía en pensar: ¿querrá siquiera operarle?

»Pero por fin dijo, después de un reconocimiento interminable:

— «No hay contraindicación alguna. Puedo hacer la operación con grandes probabilidades de éxito.

— ¡Ah! Noel, exclamé, ¿lo ves?..

— «Solamente, continuó el médico con su voz gutural y un marcado acento alemán, debo ante todo prevenir á ustedes que la operación se hará en tres ó cuatro veces, con intervalos de seis ú ocho días. En sí misma no será dolorosa. Se trata sólo de introducir con una jeringuilla de Pravaz en la parte posterior del ojo, una inyección de sal, de simple sal común, disuelta en agua destilada (1). Este líquido es más denso que el que hace flotar á la retina, y se produce un fenómeno de endósmosis, que, por la absorción del líquido menos denso, empuja poco á poco á la retina hasta su sitio normal y la fija en él sólidamente. El método es de una sencillez perfecta, de una lógica rigurosa y de un resultado clínico demostrado ya por una serie de éxitos. He practicado veinte veces esta operación y diez y nueve me ha dado buen resultado. La vigésima me encontré con una complicación, con una atrofia de la retina, que no existe en usted. Después de cada inyección sufrirá usted unos dolores muy grandes que durarán varios días sin descanso ni tregua, pues no se conoce el medio de aliviarlos. Una vez introducido el líquido, hay que tener valor y resignarse. Y será preciso volver á empezar lo menos tres veces y acaso cuatro...

(1) La primera mención del tratamiento de los desprendimientos de la retina por medio de inyecciones de agua salada se debe al eminente doctor de Wecker, que lo expuso en su *Traité complet des maladies des yeux* (1889).

Pero desde 1885 experimentaba en su clínica el nuevo tratamiento, hoy completamente generalizado, que ha vencido una enfermedad hasta entonces declarada incurable y que los últimos perfeccionamientos introducidos en su método operatorio han hecho mucho menos dolorosa que en un principio.



... y entre ellos Pascalón que dirigió gravemente á la recién casada el cumplimiento de Horacio á Galatea

»Cuando os dejamos, después de recibir la carta del doctor Potzer que nos anunciaba acaso una nueva decepción, acaso un éxito, pero probablemente una mejoría, confieso ahora que, á pesar de que las echaba de valiente, no estaba muy convencida, y sabe usted que mi pobre Noel no lo estaba nada.

»Le habían prometido formalmente tantas veces lo que el doctor Potzer le hacía sólo esperar... Tantos veces Noel había caído de nuevo y más desolado que nunca en sus tinieblas...

»Pero, en fin, aunque no fuese más que por darle unos días de consuelo, le dije: «Ahora es muy diferente. Ese doctor Potzer, el mismo que te había aconsejado que no te empeñases en buscar una curación imposible, te dice hoy espontáneamente que un nuevo procedimiento ha dado resultados ya confirmados y que ahora hay grandes probabilidades...»

»Y tanta confianza afecté, que ya viste, cuando nos marchamos, aquella fiebre, aquel estado nervioso..., aquel estado de alma nuevo en él.

»Cuando te abrazó diciéndote: «Adiós, me voy á intentar otra vez la aventura,» ya no vivía, tanto era su loco deseo de llegar á Ginebra, de estar delante del doctor Potzer y de afrontar la prueba.

»Yo hacía como los actores, que acaban por creer en la comedia que están representando, y tenía ya tanta prisa como él y hasta me volvía menos crédula.

»Y después, ya te acuerdas; papá, que todo lo ve de color de rosa, decía á Noel: «Vuelve pronto con unos ojos nuevos que te hagan ver este Biviers, del que eres señor y dueño...» Y tú murmurabas á mi oído: «¡Cuánto voy á rezar!..»

»¡Ah, madre querida!, yo no sé lo que has hecho durante este mes que acabas de pasar con mi padre, que tanto cariño te ha tomado, pero creo que has cumplido tu promesa y que has sido para con Dios una incansable abogada nuestra, porque...

»Pero no tan de prisa. Si os dijera el fin desde luego, no leeríais el resto, y quiero que paséis, como nosotros, las pruebas de nuestro terrible camino. Noel está durmiendo en la habitación contigua...

— »Mi deber es advertírselo á usted. He visto enfermos renunciar al tratamiento y preferir la ceguera á la continuación de esta prueba... Ahora, usted verá si se siente capaz de un esfuerzo de resignación tal como se lo anuncio... Si se decide usted, empezaremos cuando quiera...

— »Entonces, doctor, en seguida, dijo Noel sin dejar acabar á aquel hombre que me había aterrorizado.

— »No, es preciso que esté usted en la cama. Si usted quiere, mañana por la mañana.

— »Convenido.

»Y volvimos al hotel, él muy exaltado y loco de impaciencia, y yo en una angustiosa incertidumbre.

»Un suplicio semejante, que empezaría varias veces, cada una de varios días... y que no tendría acaso ningún resultado... Yo fui entonces la que dije á Noel: «Renunciemos, ¿quieres? ¿Crees tú que no sabré hacerte de todos modos la vida dulce y buena?... ¿Crees que mis ojos, que son tuyos, no bastarán para apartar las piedras de nuestro camino?»

»Y después me ocurrían mil razones absurdas.

«El día en que me viste, le decía, me encontraste bonita... y ya no envejeceré nunca en tu recuerdo... ¿No crees esto mejor que ver afearse poco á poco á la mujer que amas?»

»Pero él respondía siempre con las cejas fruncidas y con esa expresión que toma cuando su resolución es irrevocable:

— »No, será mañana temprano.

»Ese mañana llegó por fin... ¡Qué pronto, Dios mío, á pesar de nuestro insomnio!

»El doctor Potzer fué de una lamentable exactitud, y no vino solo, sino que trajo con él un ayudante, un joven rubio con anteojos. ¡Ah! Mamá, déjame reír ahora, pues entonces no tenía gana de hacerlo... Un joven que se creía obligado a hablarme á dirigirme sonrisas incendiarias...

»¡Qué batalla, Dios mío! Noel estaba acostado. Te hago gracia de los preparativos, de aquella exhibición de instrumentos que quemaron en una llama de alcohol y que Noel, á Dios gracias, no veía.

»El doctor y el ayudante se aproximan. No sé lo que le hacen á Noel..., no puedo verlo porque están inclinados sobre su cabeza... Pero oigo un grito ahogado y después al doctor, que dice: «Pronto, al otro ojo...» Otro grito de mi pobre Noel y después, rápidamente, unas compresas, una venda, y el médico hace cerrar herméticamente las ventanas y se marcha diciendo:

— »Hasta mañana... y valor, señora, porque temo que esto va á ser tan doloroso para usted como para el enfermo...

»Sí, tenía razón el médico, pero no como él preveía.

»¿Crearás, mamá, que aquellos dos gritos de Noel fueron los únicos que oí?

»Durante tres días le he visto morder las sábanas, ensangrentarse los labios, latir é hincharse las arterias de su frente como si fueran á estallar, y he asis-

tido impotente é incapaz de compartir siquiera su suplicio, sin oírle proferir un grito...

»Algunas veces, cuando no podía más, daba un gemido, una queja, y me apretaba un poco más la mano, que siempre quería tener entre las suyas...

»Yo entonces lloraba, y sin saber qué hacer, le decía: «Noel mío, sufres mucho, ¿verdad?»

porque al día siguiente venía el médico, como de costumbre, á ver á su enfermo, y decía en seguida:

— »Esto va bien... Volvamos á empezar.

»Quiero ahorrarte un relato detallado que te haría desgraciada como á mí...

»Mi pobre Noel ha sido atezado cuatro veces en todas las fibras de su cuerpo, y á mi pena atroz se unía esta inquietud cada vez mayor: ¿este suplicio servirá, al menos, para algo?

»Cuando se lo preguntaba al doctor, me respondía lacónicamente: «Así lo espero; pero no puedo todavía saberlo con seguridad. Eso sería comprometerlo todo.»

»Y se procuraba más que nunca la obscuridad en la habitación del enfermo, y para mayor precaución, se apretaba más cada vez la venda que cubría sus ojos...

»En fin, mamá, ayer mismo, cuarto día después de la última inyección, Noel se había aliviado casi por completo y estaba sumido en esa somnolencia que seguía á las crisis, cuando llegó el doctor Potzer con su ayudante, el joven de las sonrisas, que traía en la mano una especie de maleta de cuero.

»Para entrar en el cuarto de Noel hay que pasar por el mío. Cuando abrí la puerta al doctor, cuya visita esperaba, y vi con él á su ayudante, debí poner una cara tan marcada de terror, que el médico se apresuró á decirme:

— »No, no, señora; tranquilícese usted... No venimos para una nueva operación... No lo creo, al menos; sino para el resultado, que, según todas las probabilidades, debe estar ya enteramente obtenido.

»Debí entonces ponerme pálida, porque añadió:

— »Ya ve usted que no hay por qué asustarse.

»¡No asustarse, cuando en aquel momento se iba á pronunciar la sentencia inapelable!...

»Por fin, me armé de todo mi valor, y sobre todo, de la mayor calma posible, y los intro-

duje en el cuarto de Noel, que se despertó al ruido.

— »Noel, son estos señores...

»Y el doctor añadió prontamente:

— »Venimos á asegurarnos de si hemos conseguido dar á usted la vista.

»¡Ah, mamá!... ¡Qué pálido debió ponerse entonces el pobre Noel, en aquella obscuridad casi completa, en la que apenas se le distinguía!

»Se incorporó bruscamente y dijo con voz trémula:

— »Cerciórese usted, doctor.

»Pero aquello fué más complicado de lo que yo creía. Fué preciso montar la lámpara de reflector é instalar el oftalmoscopio, que eran los objetos que traía en la maleta el ayudante de las sonrisas... Se cubrió el aparato con un papel negro en cuyo centro hicieron un agujerito circular para que no pasase más que un rayo de luz casi imperceptible.

»Y el doctor explicó gravemente que la menor impresión de luz determinaría un cansancio, y por consiguiente, una congestión, en aquella retina que



... y ofreció la mano al doctor

— »No, no, balbuceaba; esto va mejor, mucho mejor...

»Y al decírmelo tenía sudores de agonía, pero su voluntad, su esperanza y — déjame enorgullecerme — su inmenso amor por mí le daban fuerzas para luchar contra el dolor.

»Y en sus raros momentos de alivio, me animaba diciéndome:

— »Andrea, voy á tener la alegría infinita de verte otra vez...

»Yo entonces me echaba á llorar, y él me consolaba como si yo hubiera sido la enferma...

— »¿Lo ves? El tiempo va pasando y esto va mejor.

»Y en efecto, iba mejor. El tercer día acababa de tener un momento de reposo y hasta había dormitado un poco, cuando se despertó y dijo:

— »Tengo la cabeza aturdida, pero ya no siento aquel martillo que la golpeaba... Estoy rendido, pero este cansancio es casi un bienestar...

— »Duérmete otra vez, Noel...

»¡Ah! Sí, bien necesitaba dormir y tomar fuerzas,

duje en el cuarto de Noel, que se despertó al ruido.

hacia tanto tiempo no veía, y que esa pequeña congestión era un peligro formidable que había que evitar.

—»De modo..., dijo Noel con voz muy débil, que voy a ver...

—»Acaso sí...

»El ayudante había instalado el oftalmoscopio y todo estaba preparado.

—»Vamos allá, dijo el doctor levantando la venda. El ojo derecho primero.

»Y Noel, al choque — así lo dice él, — al choque de aquel pequeño rayo, exclamó:

—»¡Ah! ¡Andreal! ¡La luz! ¡La luz!

»Y tuvo entonces un momento de locura... Separó al doctor con la mano, y en la obscuridad de aquella pieza iluminada sólo por la vaga claridad de la lámpara velada, su mirada vino a mí, solamente a mí.

—»¡Andrea querida!.. ¡Te veo apenas!.. ¡Pero eres tú, eres tú!..

»El doctor acabó por enfadarse.

—»¡Es insensato comprometer así el éxito de una curación!

»Y se volvió a apoderar de la cabeza de Noel mientras que yo perdía la mía, y reía, lloraba, daba gracias a Dios y al doctor y hasta cogía las manos del ayudante de las sonrisas...

»Después, de un golpe seco, la venda bajó, la lámpara escondió su luz y el doctor dijo:

—»Esto va bien..., muy bien... Pero si cometen imprudencias como la de hace un momento, no respondo de nada.

—»¡Oh! No se cometerán; yo respondo.

—»Hace falta más que nunca mantener la venda y la obscuridad. Mañana por la mañana vendré y veremos lo que hay que hacer. Pero hasta entonces...

—»No tenga usted cuidado, doctor. Tendrá que obedecerme.

»Y cuando se marcharon el doctor y su ayudante, llevándose consigo los terrores y las angustias que me habían causado, Noel exclamó:

—»¡Ah! ¡Vida mía! ¡Andrea! ¡Andrea!

»Y no puedes figurarte, madre querida, qué largo, qué deliciosamente largo fué aquel beso de alegría y de triunfo, y sobre todo, de infinita ternura.

»Esta mañana, hace un momento, el doctor ha entreabierto las ventanas, descornado un poco las cortinas y dejado entrar en el cuarto una luz muy débil, muy inofensiva; y ha dado permiso a Noel para que, durante un minuto, uno nada más, se levantara la venda.

»¡Qué corto es un minuto! ¡Pero qué largo cuando está bien empleado!..

»Mi Noel ha tenido tiempo para pasar una revista de inspección, no diré severa, pero sí muy detallada, a su señora esposa... Yo era dichosa al presentarle estos cabellos que él adora, estos ojos, esta frente y esta boca que tantas veces ha mirado con las manos y que hoy veía con sus ojos negros de reflejos azulados, que son hermosos y acariciadores. Creo que tenía yo derecho para no saber dónde estaba...

»Noel miró un momento aquel cuarto de hotel, que yo había tratado de hacer risueño y florido, y ofreció la mano al doctor, pero pronto volvió a mí su mirada, a mí, que trataba de sonreír, pero estaba llorando a lágrima viva.

»¡Bah! Para Noel no era penoso el ver correr mis lágrimas... Bien sabía él que eran alegres y deliciosas... En seguida se corrieron las cortinas y el doctor dijo:

—»Mañana concederé cinco minutos.

»Después iremos alargando el permiso cada día un poco más, hasta que te le lleve, mamá querida..., no, hasta que él me lleve a mí, porque él será ya el guía como era el jefe.

»Habrá que tomar precauciones, los primeros meses sobre todo; pero ya lo sabemos y no nos será difícil.

»En este momento está durmiendo, mi pobre Noel, que ha sufrido tanto... y que tanto necesita descansar. ¡Si vieras qué tranquilo está y qué alegría me causa el verle dormir!..

»Y después, pienso en las demás satisfacciones que van a venir. La primera salida de su cuarto para venir al mío..., el primer viaje al balcón, desde donde se ve la isla Jean-Jacques, el lago azul y su corona de montañas nevadas..., la primera salida en coche...

»Y luego la vuelta..., la alegría de papá..., la de Mauricio..., la tuya, cuando le oigas decirte: «Mamá, te veo, te reconozco, os veo a todos, veo el cielo, los grandes árboles, todo..., todo...»

»Pero no acabaré nunca esta carta si me pongo a contar nuestras felicidades... Me apresuro, pues, a terminarla para que la recibáis más pronto... y para que tengáis también vuestra parte de dicha.

»Hasta muy pronto, mamá querida. Pronto os tendré reunidos a los que amo, y habré realizado todos mis sueños.

»ANDREA.»

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CROQUIS CUBANS, por R. Surrinach Sentles. — Compone este libro una serie de cuadros de costumbres cubanas, hábilmente trazados, llenos de notas de ternura, algunos dramáticos y todos interesantes y pintorescos. En su mayoría tienen por protagonistas a individuos de la raza negra, hacia la cual demuestra el autor los más humanitarios sentimientos y cuyos usos típicos describe tan admirablemente, que leyendo los artículos a ellos referentes nos parece asistir a sus fiestas, ver sus grotescos bailoteos y escuchar de sus propias bocas y con su propio acento sus dichos característicos. *Croquis cubans* ha sido impreso en Barcelona por Fidel Giró y se vende a dos pesetas.

ALMA INFANTIL, por T. Dostoiewsky. — Interesante como todas las del célebre escritor ruso es esta novela, en la que se desarrolla un drama lleno de pasión, cuyos personajes piensan, obran y hablan movidos por sentimientos eminentemente humanos, cualidades que se hallan realizadas por un lenguaje vigoroso en unos puntos, sencillo en otros y siempre apropiado a las situaciones. El libro forma parte de la «Colección Diamante», que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Antonio López, y se vende a dos reales.

CUENTOS AZULES, por María Terry. — El fin que se ha propuesto la autora de estos cuentos, al escribirlos, no puede ser más laudable: con decir que tiende a desarrollar en los niños, por medio de anécdotas piadosas y de maravillosos sucesos, el amor a la virtud, queda hecho su mejor elogio. Para lograr este objeto, nada más a propósito que las narraciones sencillas al par que interesantes en el libro contenidas; su lectura forzosamente ha de contribuir a formar corazones virtuosos, ya que todo en ellas está concebido para atraer a la infancia hacia la senda del bien. El tomo, elegantemente encuadernado y con ilustraciones de Cuchy, Xumetra y otros, ha sido editado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos.

BAILES Y JUEGOS. — Con este título se ha publicado en Madrid por la casa Hijos de Cuesta una obra llamada a obtener un gran éxito en las tertulias y reuniones de buena sociedad; en ella se trata de todos los bailes, como son el minué, rigodón, polca, lanceros, cotillón, vals, cake-walk, pas á quatre, etc.; juegos de prendas, de ingenio y de chasco, con una escogida colección de sentencias, juegos aritméticos, de física y química recreativa, de naipes, de prestidigitación, de jardín, de agilidad y otros de gran novedad que hacen de este libro un verdadero elemento de diversión y recreo. El tomo, ilustrado con grabados, se vende en Madrid a tres pesetas, en casa de los editores (Carretas, 9).

EL CLUB DE LAS DAMAS, por Manuel J. Olascoaga. — Esta novela de costumbres sudamericanas se inspira en un pensamiento original enlazado con un argumento interesante; tiene algo de crítica política y social y tiende a un noble fin, cual es el de la regeneración de un pueblo mal gobernado. Los tipos están bien observados, la acción se desarrolla naturalmente y el desenlace deja en el ánimo excelente impresión, circunstancias que acreditan a su autor de hábil novelista. El libro ha sido impreso en San Fernando (República Argentina) en la imprenta Roma, de Atilio Bazzi.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
**SOBERANO** contra  
**ASMA**  
 CATARRO, OPRESIÓN  
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
 30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.  
 MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las  
**PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**  
 DE PARIS  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

**HARINA LACTEADA**  
**NESTLE**  
 Alimento completo para NIÑOS y ANCIANOS.  
 Contiene la Leche pura de Suiza.

**AGUA LEHELLE** Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTATICA**  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Carga de caballería, cuadro de Domingo Muñoz

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
**EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL**  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
**DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.**

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
**EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.**  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
**CANDES et Co**  
 8, Rue de Valenciennes

**VINO NOURRY**  
**ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO**  
 Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de  
 Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.  
 CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

**AVISO A LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS 3 RES**  
**JORET HOMOLLE**  
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
 FIA G. SEGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**CURACION** cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 à 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
 Se envían prospectos à quien los solicite dirigiéndose à los Sres. Montaner y Simón, editores

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
 célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de : Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

**GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Beca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente à los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio : 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN